

BOLSILIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

MUCHACHOS PARA TODO

Lou Carrigan



SOLO MAYORES
DE **18** AÑOS

LOU CARRIGAN

Muchachos para todo

Colección PUNTO ROJO nº 1015. Bruguera – oct/1981

LA LLAMADA TELEFONICA

Pese a que su situación era apurada, deprimente y hasta humillante, Madame Adele De Treville se resistía a creer que allí, en aquella página del «Nice Soir», estuviera la solución a sus cuitas.

Desde luego, el anuncio lo decía bien claro:

¿TIENE USTED PROBLEMAS IMPORTANTES?

Nosotros tenemos el personal adecuado para resolverlo *TODO* con la máxima discreción. Nuestra organización tiene filiales en Europa y América, y posiblemente ya haya oído hablar de ella. Somos la *FRIENDS' INTERNATIONAL SCHOOL*. O si lo prefiere en su idioma, la Escuela Internacional de Amigos, bien conocidos como la F.I.S. Llámenos, y sus preocupaciones habrán terminado.

Más claro, el agua, como suele decirse. Al pie del anuncio figuraba un número de teléfono de París. Madame De Treville vivía en Niza, pero ciertamente llamar a París no representaba dificultad alguna.

Sólo tenía que descolgar el auricular del teléfono de su salita privada, marcar el prefijo de París y luego el número de la F.I.S. Cuestión de segundos.

Sin embargo..., ¡la gente ofrece tantas cosas que luego no cumple! A veces por mala fe, a veces porque simplemente no puede cumplir tanto como ha prometido pese a sus buenas intenciones; y eso sin contar con que en ocasiones puede tratarse de alguna estafa bien organizada. ¡Y para estafas estaba ella, con aquel humillante asunto! Tan humillante que la sola idea de explicárselo a alguien le parecía ya insoportable.

Pero allí lo decía bien claro: tenían el personal adecuado para resolverlo *TODO* con la máxima discreción.

¿Y si fuese verdad?

Porque, vamos, también es triste perder completamente la fe en el ser humano. En *todos* los seres humanos. Ciertamente que había algunos que merecían la guillotina, pero... ¿por qué no podían quedar seres honrados y amistosos? Escuela Internacional de Amigos... Sí, estaba claro; clarísimo. Por supuesto, los servicios de la F.I.S. le costarían un dinero importante, pero esto era comprensible y del todo razonable. Quien trabaja tiene que cobrar.

Lo de pagar no preocupaba demasiado a Madame De Treville, pues si todo salía bien se ahorraría mucho dinero. Era la discreción lo que la tenía preocupada. No le hacía ninguna gracia enseñar aquellas fotografías a una persona que, en definitiva, sería una desconocida para ella.

Pero vamos a ver: ¿por qué demonios no podía quedar en el mundo

gente en la que confiar?

¿Por qué no?

Ella misma, la muy atribulada Adele De Treville, era una persona honesta y sincera. Y discreta cuando venía al caso. ¿Por qué arrogarse en exclusiva esas cualidades? ¿Por qué no admitir que podía haber personas dignas de confianza en el mundo?

Nada, decidido.

Adele De Treville miró el número telefónico de París que había al pie del anuncio, descolgó el auricular del teléfono, y comenzó a marcar el prefijo.

A ver si era verdad que la F.I.S. podía resolverlo TODO.

CAPÍTULO PRIMERO

Alex Monroe lo había pasado divinamente con la chica que compartía su lecho, y, como muestra de agradecimiento, la estaba besando en la boca, todavía abrazados tras los minutos de placer. Ella tenía un cuerpo acogedor, blanco y prieto, cálido. Era muy joven y muy bonita, simpática e inteligente. El colmo.

Por su parte, Alex Monroe no era ni tan joven, ni tan bonito, ni tan simpático, pero sí era inteligente. Y fuerte. Un atleta de más de metro ochenta, todo músculos. Abultados y poderosos músculos que habían hecho las delicias de la muchacha mientras se abrazaban en la cama, ambos desnudos.

Unos músculos que funcionaron a la perfección en el momento oportuno, es decir, cuando Alex Monroe percibió el movimiento del brazo derecho de la muchacha que le abrazaba. Inmediatamente, dejó de besarla, alzó la cabeza girándola hacia la izquierda, y vio aparecer la mano de ella de debajo de la almohada empuñando el cuchillo de roja punta goteante.

El cuchillo destelló a la luz del sol que se reflejaba en la ventana del pequeño chalé campestre, directo hacia la espalda de Alex Monroe, en busca de la zona del corazón. Pero Monroe ya estaba reaccionando entonces. Lo hizo fácilmente, con energía y seguridad: su brazo izquierdo salió de debajo del hermoso cuerpo que estaba abrazando, paró el golpe con su antebrazo, y luego su mano se deslizó velozmente por el de la muchacha, hasta llegar a la muñeca, donde se cerró con fuerza. Acto seguido, aplastó la mano armada de la muchacha contra la cama.

Y ya controlando la peligrosa situación, Alex Monroe se irguió un poco más, mirando sonriente a la muchacha.

—Lo siento —dijo muy amable—. Mejor suerte para otra vez, querida.

—Maldito seas, Alex —refunfuñó ella.

Monroe sonrió de nuevo, besó otra vez en los labios a la muchacha, y, por fin, se apartó de ella, sin soltar su mano armada todavía con el cuchillo. Se puso en pie junto a la cama, obligó a la muchacha a sentarse, y entonces, con un gesto de disculpa acercó su mano derecha al lado izquierdo del cuello de ella. Allí, sus dedos índice, corazón y pulgar accionaron como una pinza. La muchacha respingó, dio un gracioso brinco, cerró los ojos, y cayó hacia atrás cuando Monroe la soltó.

Alex fue adonde tenía sus ropas, sobre un gracioso silloncito, y se vistió rápidamente. Por último se puso la funda axilar con la correspondiente pistola, ocultando ambas con la chaqueta.

Tras una última mirada al hermoso cuerpo tendido en la cama, Alex Monroe se dirigió hacia la puerta del dormitorio. Desde aquí, fue a la

cocina, caminando como un felino, silencioso y potente. Frente a la puerta de entrada a la cocina estaba la que comunicaba con el exterior por la parte de atrás del chalé. A la derecha estaba el frigorífico. A la izquierda los fregaderos, y sobre éstos la ventana desde la que se veía el verde prado bucólico.

La salida más fácil, ciertamente, era la puerta que Alex Monroe tenía frente a él, pero la desechó. En lugar de ir hacia allá, se subió cuidadosamente al fregadero, alzó con suavidad la ventana, y saltó al exterior, siempre como un felino. Inmediatamente, rodeó la casa precisamente hacia la puerta que no había querido utilizar.

Y allí, de espaldas a él, colocado a un lado de la puerta pistola en mano, estaba el hombre, esperando.

Alex Monroe sonrió.

—Hey, Jacques —llamó suavemente.

El hombre dio un respingo, y se volvió, muy abiertos los ojos, apercibiendo la pistola. Alex Monroe disparó, y en el pecho del llamado Jacques apareció una pequeña manchita roja, justo sobre el corazón. Jacques se miró la manchita, miró a Monroe, y masculló:

—Cabrito americano...

Acto seguido se dejó caer de rodillas, y luego de bruces.

—Me parece —dijo Monroe, divertido— que ni tú ni Nanette estáis en forma hoy. Rodeó la casa hacia la parte delantera, y se asomó cautelosamente por la esquina. Vio el coche detenido frente a la puerta, y, parapetados tras él, a los dos hombres pistola en mano. Alex Monroe movió la cabeza. Demasiado arriesgado. Así que dio la vuelta, y echó a correr por el prado, desviando la marcha hacia el bosquecillo. Estaba llegado a éste cuando, al volver la cabeza, vio a los dos hombres corriendo tras él, a unos ciento cincuenta metros. Le perseguían a pie. Claro, era absurdo intentar perseguirlo en coche por un bosque.

Pero el bosque también era peligroso para Alex Monroe. Apenas entrar en éste, dos siluetas se alzaron entre los pinos. Alex Monroe se dejó caer de rodillas, disparó contra una de las siluetas, se tiró hacia la derecha, rodó sobre la pinocha, saltó tras uno de los pinos, apareció por un lado, y disparó contra la otra silueta. En el pecho de ambas había aparecido la manchita roja, así que Alex se desentendió de los dos hombres, y emprendió veloz y ágil carrera por entre los pinos y hacia su izquierda, y de nuevo hacia su izquierda tras recorrer unos pocos metros.

De este modo, cuando los dos perseguidores se introducían en el bosque, Alex Monroe salía, emprendiendo velocísima carrera hacia el chalé, donde había quedado el coche de los dos individuos. Fácil: ahora sólo tenía que llegar al coche, sentarse ante el volante, y largarse. Y asunto concluido, que ya estaba bien de tonterías por aquel

día.

Llegó al coche cuando los dos perseguidores, ya apercibidos de su estratagema, salían del bosque. Alex Monroe se volvió hacia ellos, les hizo un corte de mangas, y, riendo, abrió la portezuela y se sentó ante el volante...

—¿De qué te ríes tanto, amiguito? —sonó la voz tras él.

Al mismo tiempo, Monroe notó en la nuca el contacto de la pistola. La sonrisa se borró de su rostro, lanzó una maldición, y acto seguido masculló:

—¡Tú tenías que ser! ¡Maldita sea!

—¿Qué te creías? ¿Que eres un superhombre? Venga, sal del coche con las manos sobre la cabeza.

—Bueno, bueno, ya vale... No hay para tanto, Fedorovna.

—Eso te lo crees tú. Nos has dado mucho trabajo, pero finalmente has caído. De modo que yo voy a gozar del triunfo. ¡Sal del coche con las manos en la cabeza! Y no me repliques, o te disparo a la nuca y luego verás lo que cuesta quitarse la tinta roja del pelo.

Refunfuñando, Alex Monroe salió del coche, y puso las manos sobre la cabeza. Por la puerta de atrás salió la muchacha que le había cazado en la trampa, bien oculta entre la separación de ambos asientos. Una chica preciosa, pelirroja, de ojos verdes. Un encanto de criatura. Rusa, por más señas.

—¡Muchachos, ya tengo al pájaro! —gritó.

La puerta de la casa se abrió, y, todavía desnuda, apareció la encantadora Nanette, que se echó a reír.

—¡Muy bien, Marya! —elogió—, ¡Te has cargado al yanqui!

Por la esquina del chalé apareció Jacques, mirándose mohíno la mancha roja en su pecho. Pero sonrió al ver a Alex Monroe con las manos en la cabeza.

—¿Qué te parece? —dijo—, ¡La rusa ha cazado al americano!

Se echó a reír, secundado por Nanette. Los dos perseguidores de Monroe llegaron corriendo, jadeando, pero también se echaron a reír. En la linde del bosque aparecieron los otros dos hombres que comenzaron a acercarse corriendo ágilmente.

—Así aprenderás a hacerle cortes de manga a la gente —dijo uno de los recién llegados.

—Bueno, ya está bien —gruñó Monroe.

Bajó las manos, sacó un paquete de cigarrillos, y encendió dos, tendiendo uno a la pelirroja Marya Fedorovna, y metiéndose el otro en la boca rabiosamente.

—No te lo tomes así —rió la Fedorovna—, ¡No siempre se gana, hombre!

—¿Cómo demonios había de ganar? —gruñó Monroe—, ¡Erais siete..., y nadie me había dicho nada de tu intervención!

—A ver si te crees que unos enemigos de verdad te van a decir cuántos son y dónde están —se acercó Jacques—. Bueno, ¿qué? ¿Los demás no fumamos?

Los otros dos, los que habían sido abatidos en el bosquecillo, llegaron a tiempo de invitarse a fumar el tabaco del americano, y uno de ellos comentó:

—Desde luego, tiras como nadie, eso sí, Alex.

—¡Al cuerno todos!

—No, hombre, si todavía te vas a quejar —dijo el otro—. Te toca el papel de acostarte con Nanette en plan de gran estrella de la F.I.S., y aún protestas. ¡Jodidos americanos!

—Y bueno, ¿qué? —guiñó un ojo Jacques, mirando a Nanette—. ¿Cómo funciona el americano en la cama. Nanette?

—Ah, muy bien —rió la preciosa—. ¡Estupendamente!

—De modo que lo habéis pasado bien —dijo Marya.

—¡A ver si todo va a ser trabajar! —exclamó Nanette—. Nos estamos entrenando en serio para todo, ¿no?

—Y a ti te tocó el papel de vampiresa seductora —dijo Marya Fedorovna—. Bueno, la próxima vez cambiaremos el sitio, monina. Tú, en el coche, y yo en la cama con Alex.

—¡Y un huevo! —saltó Jacques—. ¡El próximo turno en la cama me toca a mí!

—Pues tampoco estás nada mal —dijo Fedorovna—. ¿Por qué será que todos los muchachos de la F.I.S. estáis tan apetecibles?

—Pues anda que vosotras...

Se echaron a reír todos. Nanette dijo que se iba a vestir, y entró en el chalé. Jacques le dio una palmada en la espalda a Alex Monroe.

—No ha estado nada mal, de todos modos. Un poco más y escapas de la encerrona..., y yo estaría muerto si en lugar de ser un entrenamiento con balas de tinta me hubieras disparado con plomo. Lo de la ventana no me lo esperaba.

—¿Por qué no? —se sorprendió Alex.

—Bueno, como estaban los fregaderos...

—Ahí tenías que haber estado tú: fregando platos.

Los demás se echaron a reír. Eran todos unos tipazos formidables, atractivos, jóvenes, inteligentes. Incluso Alex Monroe, que no era lo que se puede llamar exactamente guapo, resultaba impresionante,

—Está bien —dijo Jacques, aceptando la broma—, pero tú has perdido, así que pagas la cena de esta noche. Podríamos ir...

Una voz metalizada, de tono alto, sonó de pronto en todas partes y en ninguna en concreto, esparciéndose por el bello paisaje:

—Alex Monroe, diríjase inmediatamente a Dirección.

Hubo un instante de silencio en el grupo. Luego, uno de los dos sujetos que habían estado emboscados dijo:

—Y ahora, la bronca por haber fallado. Mala suerte, chico.

Alex encogió los hombros, tiró el cigarrillo, y se sentó ante el volante del coche. Dio el encendido.

—Eh, un momento —exclamó Jacques—, ¡que falta Nanette!

Monroe lo miró malignamente, sonrió, y arrancó inesperadamente, provocando un buen sobresalto en sus compañeros de la F.I.S. Detuvo el coche a unos treinta metros, abrió la portezuela, y gritó:

—¡Volved a pie, a ver si mejora vuestra forma!

Y les envió otro corte de mangas, riendo al escuchar los feroces insultos. Satisfechísimo por la jugarreta de dejarlos a más de dos kilómetros de la casa donde se hallaba la Dirección de la F.I.S., Alex Monroe condujo silbando, recorriendo sin prisas el bello paisaje del Norte de Francia. Tan lentamente conducía que tardó casi tres minutos en recorrer los escasos dos kilómetros. Pero no lo podía evitar: le gustaba el lugar. Le gustaba tanto que con frecuencia se dedicaba a pasear por el simple gusto de hacerlo.

Verde campiña, bosquecillos de pinos, y, en el centro de la gran propiedad, la hermosa casa-escuela de la F.I.S. donde estaban los dormitorios de los agentes y la Dirección. Una casa grande, de color parduzco, con tejado de pizarra, dotada de todas las comodidades. Allí vivían los muchachos y muchachas del F.I.S. mientras se entrenaban en toda clase de habilidades antes de ser admitidos en la organización, o, como era el caso de Monroe y de algunos otros, mientras repetían el cursillo periódicamente para no perder la forma física y ser aleccionados una vez más en el sentido de que NUNCA debían confiar en nadie; incluso en ocasiones en el propio cliente que contrataba los servicios de la F.I.S. y sus muchachos para todo.

Monroe detuvo el coche delante de la casa, y entró en ésta silbando alegremente. El vestíbulo era amplísimo, sobrio, señorial. Monroe lo cruzó hacia la puerta que cerraba la oficina de recepción, donde, como siempre, tras su mesa, estaba la vieja, simpática y astutísima Claudine. Esta miró a Monroe por encima de sus lentes de graciosos cristales redondos cuando el americano entró en el despacho.

—Hola, amor mío —saludó Alex—, ¿Qué ocurre?

Claudine se limitó a señalar con un dedo hacia el techo, y Monroe comprendió. Torció el gesto. Cuando Claudine hacía ese gesto no necesitaba decir nada: significaba que Monsieur Le Directeur estaba aguardando en su despacho del último piso al agente requerido.

—Vaya, hoy no es mi día —gruñó Alex.

—¿No has salido bien de la prueba? —sonrió Claudine.

Monroe soltó un bufido, y salió del despacho, emprendiendo la ascensión por la amplia escalinata, hasta el segundo piso, donde Monsieur Le Directeur tenía su privadísimo despacho, desde cuyos ventanales podía observar la hermosa campiña en sus momentos de

meditación.

Cuando Alex entró, tras llamar con los nudillos a la puerta, el jefe de la F.I.S. en Francia estaba sentado en uno de los sillones colocados ante el ventanal. Era un hombre interesante, aunque algo gordito, detalle que le delataba como aficionado a la buena mesa. Debía tener unos cincuenta años, y su mirada era amable pero perspicaz.

—Siéntese, Alex. ¿Cómo ha ido la prueba de hoy?

—Mal, Monsieur —se sentó Monroe—: caí en el último momento. No sabía que Marya intervenía. Creía que sólo eran seis.

—Ya... Sólo seis. Bueno, esperemos que en la vida real sea usted más cauto y desconfiado que en los entrenamientos. Aunque nuestros servicios no suelen ser peligrosos nuestro lema es que tenemos personal para TODO. Y la palabra TODO es muy expresiva, ¿no le parece?

—Sin duda alguna, Monsieur.

—De todos modos —casi sonrió el director—, me consta que usted es un hueso muy duro de pelar. Aunque debo decirle que en esta ocasión no parece que sean estas características las que exige nuestro cliente. El visitador de la F.I.S. en la Zona del Sur de Francia ha especificado que la dama en cuestión exige ante todo una persona de la máxima discreción. Usted lo es.

—Gracias. Monsieur. ¿Cuál es el problema de esa dama?

—Ya sabe cómo funciona nuestra organización —murmuró el director—: el cliente llama al número de París, nosotros le enviamos al visitador de Zona, y éste se entera de cuál es el problema. Acto seguido, si aceptamos el trabajo, Claudine examina nuestro fichero, elige al agente adecuado, y lo envía al cliente, para ultimar los detalles. En esta ocasión las cosas han sucedido de modo un poco diferente. Nuestra clienta sólo explicó al visitador de Zona que el asunto requería la máxima discreción, hasta el punto de que ella prefería que estuviesen al corriente el menor número de personas posible. Nuestro visitador dijo que no era éste nuestro sistema, pero que consultaría con la Dirección. Me llamó desde Niza, y me explicó el caso, añadiendo que la dama quería ver al agente, o al menos algunas fotografías de varios de nuestros agentes antes de encargar el caso en firme...

—Demasiadas exigencias —frunció el ceño Monroe—. No es costumbre nuestra aceptarlas, señor.

—No, pero en esta ocasión me pareció... interesante hacerlo. Nuestra clienta es una dama de categoría, y muy discreta. Es condesa, pero nunca utiliza el título; se limita a utilizar el nombre de su marido, asimismo componente de una importante familia francesa.

—¿El marido está enterado de...?

—Es viuda. Tiene setenta y dos años, se llama Adele de Treville, y vive

en Niza, en el Boulevard Victor Hugo, en una hermosa aunque un tanto anticuada y ya deslucida casa, reflejo de tiempos más esplendorosos. Con todo, Madame de Treville no está en la miseria, ni mucho menos, y se halla dispuesta a pagar adecuadamente los servicios de la F.I.S.. Como le decía antes, ella quiso ver algunas fotografías de nuestros agentes súper discretos. Le envié a Niza varias, por avión, a nuestro visitador, quien la visitó de nuevo para mostrárselas... Bien, la dama le eligió a usted, Alex.

—¿Dijo por qué?

—No. Sólo insistió, una vez más, en que el asunto debía quedar entre usted y ella.

—Eso es absurdo. Cuando finalice el trabajo yo deberé presentar, como otras veces, un informe completo a usted. Monsieur.

—La dama no lo sabe —sonrió el director—. Y usted no se lo va a decir. Si ella está más tranquila con el hecho de que sólo usted esté al corriente de sus tribulaciones, por mí no hay inconveniente.

—No sé si me gusta este trabajo, Monsieur —gruñó Alex.

—Le comprendo a usted —suspiró el director—. Esto tiene todas las características de la dama solitaria y neurótica sometida a un delirio extemporáneo de deseo sexual... que quiere satisfacer con la máxima discreción. Pero podría ser otra cosa.

—Permítame dudarlo.

—Se lo permito. Pero irá usted allá, Alex. A fin de cuentas, sólo usted es culpable de su viril atractivo, y si la dama le ha elegido... —movió la cabeza—. ¿Tengo que recordarle que la F.I.S. tiene por norma y orgullo disponer de muchachos para TODO?

—No señor —masculló Alex Monroe—, no tiene que recordármelo.

—En ese caso, sólo me resta desearle suerte. Saldrá para Niza en avión desde Orly esta misma mañana.

—Francamente, Monsieur: me siento como un semental.

—No creo que sea cosa de muchos días —rió el director.

—Bien —Alex se puso en pie—. Con un poco de suerte quizá mi avión sea secuestrado y llevado muy lejos de Niza.

CAPÍTULO II

El avión no fue secuestrado, y aquella tarde Alexander Monroe llegó al aeropuerto internacional de Niza procedente de París en un vuelo de la Air France. Por todo equipaje llevaba una maleta y un maletín tipo portafolios.

En el aeropuerto le estaba esperando el visitador de la Zona del Sur de Francia, un caballero de aspecto simpático y aristocrático cuyo nombre era Fernand De Boussac, y que inmediatamente lo llevó hacia el estacionamiento, donde tenía esperando un formidable automóvil B.M.W.

—Es para usted mientras trabaje en mi Zona —explicó—. Por favor, cuídelo.

—Soy muy cuidadoso —aseguró Alex, colocando su cosas en el maletero.

—Algunos muchachos de la F.I.S. no lo son —se disculpó De Boussac—. Suelen ser demasiado alegres, despreocupados; para ellos un coche es un trasto a utilizar de cualquier manera. Y aunque la organización está ganando mucho dinero resolviendo problemas ajenos, no debemos desperdiciar material.

Ya sentado ante el volante, Monroe asintió. Dio el encendido, y maniobró para salir del estacionamiento y emprender el corto trayecto hasta Niza. Sentado a su lado, De Boussac le miraba con expresión amable.

—No es una dama desagradable, ni mucho menos —dijo, como adivinando los pensamientos de Alex—. Pero, claro, nadie puede quitarle ya sus setenta años.

—Setenta y dos, ¿no? —gruñó Alex.

—Sí. Hermosa tarde, ¿no es cierto?

Alex dirigió una mirada de reojo hacia su derecha. El mar estaba en calma, de un tono azul gris parecido a las perlas. El cielo completamente despejado.

—¿Qué más puede decirme de Madame de Treville? —preguntó.

—Por el dinero no habrá problemas. Tiene mucho. Vive en la dirección que usted ya sabe del Boulevard Victor Hugo, con dos criados y una nieta encantadora llamada Emile... ¡Una criatura preciosa, de veras!

—Lástima que no sea ella la clienta, entonces.

—Bueno, Monroe, usted ya sabe...

—Tranquilo, tranquilo. Soy un veterano. ¿Alguna vez he incumplido las normas de seriedad de la F.I.S.?

—Tengo entendido que no, que es usted de los mejores.

—Pues ya está. La clienta es la abuela, ya lo sé.

—Y además, la nieta tiene novio —sonrió De Boussac—. Un

interesante muchacho llamado Roger Pontaut, abogado, con bastante dinero y sumamente atractivo. En otro estilo que usted, desde luego.

—¿Qué quiere decir? ¿Qué estilo?

—Él es más... guapo, según ciertos cánones. Y más elegante y menos fuerte. Son dos tipos distintos.

—Ya. ¿Cree usted que la nieta sabe algo de los propósitos de la abuela.

—Lo ignoro por completo. Pero dudo mucho que Madame De Treville, que tanta discreción exige, haya puesto a su nieta al corriente de que ha requerido los servicios de un muchacho para todo.

—Ojalá me necesitase para arreglar su jardín —farfulló Alexander.

—¿Le ha ocurrido eso alguna vez? —rió De Boussac.

—Sí, una vez. Fue extraordinariamente divertido..., sólo que el cliente era aquella vez un hombre.

—Oh, oh... ¿Un homosexual?

—Sí.

—¿Y...?

—Bueno, mire, De Boussac, todo tiene un límite, ¿comprende usted? Le dije al cliente que estaba enfermo, regresé a la escuela, y solicité de Monsieur Le Directeur que le enviase al cliente un muchacho adecuado. Le envió al griego, ya sabe, y todos contentos. Claro que el griego no sabía nada de jardinería.

—Eso debió disgustar al cliente.

—No. En cuanto vio al griego se olvidó del jardín, dejó de hacer el tonto y fue al grano. Fernand De Boussac se echó a reír de nuevo, de buena gana.

—¿Sabe, Monroe? —dijo entre risas—: a veces pienso que la F.I.S. es como una... sociedad benefactora de la Humanidad. Muchas personas resuelven sus problemas gracias a nosotros. En cierto modo, acaparamos problemas que podrían extenderse peligrosamente en determinadas áreas de la sociedad, ¿no le parece?

—Si no fuese por eso —le miró Monroe—, no pertenecería a la F.I.S. Pero, demonios, me fastidia un horror venir a Niza para ser amante de una vieja.

—Otra vez será mejor.

Entraron en Niza por Promenade des Anglais, y aquí, en el cruce con Boulevard Gambetta, Fernand De Boussac se despidió, ante un semáforo, tendiendo la mano a Alexander.

—Ya sabe a qué número puede llamarme si me necesita directamente —dijo—. Y recuerde que tiene reservada habitación en el «Hotel Palais», en esta misma avenida. Aunque yo iría antes que nada a visitar a Madame De Treville... Cabe en lo posible que ella quiera alojarlo en su casa.

Monroe soltó un gruñido, y De Boussac se apeó, pidiendo disculpas

con un gesto a los automovilistas que se impacientaban detrás del B.M.W. Monroe condujo éste Boulevard Gambetta arriba, giró a la derecha al llegar a Victor Hugo, y siguiendo éste llegó poco después ante la casa de Madame De Treville, cerca del cruce con Avenue Jean Médicin.

La casa le gustó. Era muy agradable, de color blanco cremoso, con persianas y toldos de color beige. Delante tenía un pequeño jardín con un par de palmeras, setos y arbustos de flores. Movi6 la cabeza, y continu6 adelante hasta encontrar un «parking», donde dejó el coche. Si Madame quería tanta discreción, no era cosa de meterse con el coche en su jardín...

De modo que regresó a pie a la casa, cruzó las abiertas verjas, y recorrió el sendero. A los pocos segundos de haber llamado a la puerta, ésta se abrió, y apareció un hombre de unos sesenta y tantos años, sobriamente vestido. Por encima de su hombro Alexander vio hacia el fondo del vestíbulo a la muchacha que, con uniforme blanco y azul, pasaba con un plumero en las manos. De modo que ya conocía a los dos sirvientes de Madame.

—¿Monsieur? —le miraba atento el mayordomo.

—Soy Alexander Monroe, y acabo de llegar de París. Madame De Treville me está esperando.

—Tenga la bondad de pasar, Monsieur.

Monroe entró, demostrando así su bondad. El mayordomo le rogó que esperase un instante, y fue hacia una de las puertas que daban al amplio vestíbulo. Cuando tras llamar abrió aquella puerta, Monroe vislumbró la salita. La puerta se cerró. Se abrió enseguida, y el mayordomo le indicó que se acercara, sostuvo la puerta, y la cerró cuando el muchacho de la F.I.S. hubo entrado.

Y allá estaba Madame De Treville, sentada en uno de los coquetones silloncitos de su salita privada. Alex estuvo a punto de sonreír. Bueno, del mal el menos. Madame era una anciana, en efecto, pero agradable, casi encantadora con su tez sonrosada y sus blancos cabellos. ¿Setenta y dos años? Nunca lo habría dicho. Tenía pocas arrugas, ojos azules vivos e inteligentes, y una barbilla voluntariosa y asombrosamente tersa.

—Buenas tardes, Madame —saludó Alex, en su correctísimo francés.

—Buenas tardes, señor Monroe. Leí en su ficha que es usted norteamericano. ¿Cierto?

—Sí, Madame.

—Mejor. Una de las causas por las que le elegí es precisamente ésa. No quisiera que en algunos círculos franceses se supiera de mi decisión de recurrir a su *School*.

—Madame tiene garantizada la máxima discreción en todo momento.

—Así lo espero. Oh, por favor, siéntese. Y puede fumar, si lo desea.

¿Tiene cigarrillos americanos?

—No, Madame. Hace bastante tiempo que estoy en Francia, y me he acostumbrado incluso a su pésimo tabaco.

—Sí, es verdad —rió Adele—, no tenemos el mejor tabaco del mundo. Es usted... un hombre muy alto, muy fuerte, muy viril. Me gusta, señor Monroe. ¿Cuántos años tiene?

—Treinta, Madame.

—Bien... ¡Bien! Es una edad en la que se empieza a ser discreto y consecuente. ¿No va a invitarme?

Alexander había encendido un cigarrillo, y se quedó mirando la mano de Adele, tendida hacia ese cigarrillo. El gesto estaba claro, o así se lo pareció a Alex, que le entregó el cigarrillo encendido. Ella lo aceptó, sonriendo. Alex encendió otro para sí.

—Aunque supongo que su School debe pagarle un buen sueldo, señor Monroe, quisiera decirle que por mi parte estoy dispuesta a concederle una prima especial si sus servicios resultan satisfactorios. Y no crea que se trata de una propina con la que pretendo ofenderle.

—No veo por qué habría de molestarse usted en ofenderme, Madame.

—Claro. ¿Ha tenido usted buen viaje?

—Excelente, gracias.

—Quizá esté cansado.

—No, en absoluto.

—Entonces... podríamos empezar ahora mismo nuestro asunto, si le parece bien.

—Cuando usted guste, Madame.

Adele De Treville se llevó una mano al pecho, y desabotonó la parte superior del vestido. Alexander Monroe tuvo que hacer un esfuerzo para permanecer impassible..., pero no pudo conseguirlo. En su rostro apareció la sorpresa cuando, de debajo de su ropa, Adele sacó un sobre, que le tendió.

—Perdone que lo haya sacado de este sitio —sonrió—, pero no me atrevo a dejarlo en ninguna parte. Ni siquiera en mi caja fuerte. ¿Quiere mirar esas fotografías, por favor?

Recuperado de su momentáneo desconcierto, Monroe se hizo cargo del sobre, y sacó las fotografías que contenía. Nada más mirar la primera respingó, y miró vivamente a Adele, que le contemplaba muy seria, un poco rígida.

Monroe parpadeó, y volvió a mirar la fotografía. En ella, una preciosa muchacha rubia, completamente desnuda, aparecía con dos hermosos y hercúleos negros, asimismo desnudos. Uno de los negros estaba poseyendo a la muchacha, y el otro... La escena escapa a un mínimo buen gusto para las descripciones. Monroe miró la siguiente fotografía. Seguía la misma línea que la anterior, la muchacha retozando con los dos negros a la vez, verdaderamente en plan

liberado. Monroe pensó que había visto algunas películas pornográficas menos impresionantes que aquellas fotografías. Todas eran igual, del mismo cariz; sólo variaba la confección de la escena. En silencio, Alexander guardó las fotografías en el sobre, y lo devolvió a Adele De Treville.

—Supongo —susurró Adele— que le han parecido... asquerosas.

—Son puntos de vista, Madame —murmuró Alex—. El sexo es un... juguete que ofrece mucha variedad en su disfrute.

—¡Son repugnantes!

—Digamos poco usuales. Pero, como le digo, en definitiva es una cuestión de sexo, Madame. Sólo eso. ¿Debo entender, Madame, que usted condena el sexo?

—No, ni mucho menos, en su... versión normal.

—Bueno, yo diría que en última instancia eso es cuenta exclusivamente de la muchacha que está con los negros, Madame.

—¿Exclusivamente cuenta de ella? ¡Claro que no! ¡Esa muchacha es mi nieta!

Alexander Monroe se atragantó con el humo del cigarrillo, y comenzó a toser. Tuvo que ponerse en pie para recuperarse. Y desde su imponente altura se quedó mirando todavía sobresaltado a Adele.

—¿Ha dicho usted... su nieta? —masculló.

—Así es. Siéntese, señor Monroe, se lo ruego.

—Sí... Sí.

Se volvió a sentar, pero dejó el cigarrillo en el cenicero. ¡Menuda sorpresa! De momento había creído que la anciana le mostraba aquellas fotos con el intento no sólo de excitarle, sino de sondearle respecto a las cosas que él estaría dispuesto a hacer con ella, pero evidentemente, la cosa no iba por ahí. ¡Claro que no!

—Admitirá usted, señor Monroe, que son unas fotografías altamente... llamativas.

—Lo admito sin reparo alguno, Madame.

—Y comprenderá usted que yo no desee que unas cuantas docenas de copias empiecen a circular por toda Francia.

—Lo comprendo perfectamente. Pero su nieta...

—Espere un momento. ¿Cree que estas fotografías me las ha dado mi nieta?

—Bien... No sé...

—Me llegaron por correo, con una nota. Anónima, claro. Estaba escrita en muy mal francés, con ciertas expresiones que creo de origen argelino.

—¿Usted cree que la nota se la escribieron los dos negros, y que éstos son argelinos?

—Exactamente.

—Es más que probable. ¿Qué decía la nota? ¿La tiene?

—La destruí, y estaba a punto de hacer lo mismo con las fotografías, pero lo pensé mejor. Bueno, me pedían dinero.

—Ya entiendo. ¿Qué dice su nieta al respecto?

—¡Mi nieta! ¡Por Dios, no le he dicho nada!

—Pero Madame, ella es... es la protagonista de...

—Mi pequeña Emile y yo no nos entendemos demasiado bien, señor Monroe. Yo tengo setenta y dos años, y ella sólo veinticinco, de modo que hay una... discrepancia de visión de la vida entre ambas. Yo la acuso a ella de ser demasiado frívola e inútil dentro de la sociedad en que vivimos, y ella me acusa a mí de tacaña y de vivir en el pasado. ¿Cree usted que es vivir en el pasado pensar que todos debemos ser útiles a la sociedad, en la medida de nuestras posibilidades?

—No creo semejante cosa.

—Gracias. Bueno, en definitiva, mi pequeña Emile y yo no nos llevamos muy bien. Oh, nos queremos, desde luego, pero no vivimos de acuerdo. Yo tengo bastante dinero, pero me niego a darle cantidades importantes hasta que me demuestre que ha... sentado la cabeza. Por su parte, ella sólo piensa en divertirse, sea como sea, con una irresponsabilidad y un egoísmo totales.

—Es evidente —asintió Monroe—. Pero si usted le muestra esas fotografías...

—No... No quiero hacerlo. Sería... terrible para las dos. A decir verdad, yo ya sospechaba que Emile se... divertía mucho a su aire, pero esto... Bueno, no habría esperado nunca una cosa así.

—Sin embargo, ella lo ha hecho.

—Sí, pero no quiero que sepa que yo sé que lo ha hecho. Prefiero pagar... a la espera de una solución completa.

—¿Le han pedido alguna cantidad importante?

—Ya pagué veinticinco mil francos, y estoy segura de que no tardarán en pedirme más.

—¿Cómo entregó usted el dinero?

—Me llamaron por teléfono. Era uno de... de ellos. Hablaba con voz ronca, disfrazándola. Fue... bastante grosero, me... describió alguna de las cosas que hicieron con Emile. Me dijo que si no quería que cientos de esas copias fueran distribuidas entre mis amistades, debía entregarles veinticinco mil francos. Les dije que estaba de acuerdo, a cambio de los negativos...

—Eso no solucionaría nada —movió la cabeza Monroe—. Aunque se los entregaran, sin duda se quedarían copias, que podrían re-fotografiar, de modo que tendrían nuevos negativos.

—¿Pueden hacer eso?

—Naturalmente. Sin contar con que de todos modos tengan ya hechas mil o dos mil copias, suficientes para... inundar el mercado, y perdone la expresión.

—¿Qué... qué podemos hacer, entonces? —gimió Adele.

—¿Ese es su problema, Madame? —suspiró Monroe—. ¿Ha recurrido a la F.I.S. para resolver eso?

—Sí, claro... Naturalmente.

—Muy bien —sonrió Alexander—. Veamos: ¿cómo entregó esa primera cantidad?

—Me dijeron que tenía que envolver el dinero en un periódico, y dejarlo como descuidado en la mesa de un café. Y lo hice.

—Claro está, la advirtieron de que si acudía a la Policía todo se complicaría al límite, ¿no es eso?

—Oh, sí, claro.

—¿En qué café dejó usted el dinero?

—«Café Dimanche». Está en la Rue de France.

—¿De noche o de día?

—Al anochecer.

—Bien. ¿No han vuelto a pedirle más dinero?

—Por el momento, no. Mire, señor Monroe, el dinero no me preocupa demasiado, aunque está claro que si continúan pidiéndome cantidades importantes, acabarían por arruinarme. Lo que me preocupa es mi nieta.

—Ella es la causante de todo, Madame.

—Sí, lo sé —Adele bajó la cabeza—, pero la quiero. Es mi única nieta, señor Monroe. Sé... que es una... una...

—¿Cabeza loca? —suavizó Monroe.

—Podemos llamarla así. Le gusta demasiado... disfrutar de todo, y realmente se ha... excedido. Últimamente, sin embargo, parece que está sentando la cabeza, supongo que debido a Roger...

—¿Roger Pontaut, su novio, el abogado?

—Sí. ¿Cómo sabe usted eso?

—Rutina de la F.I.S., Madame. ¿Debo entender que su nieta va en serio con el señor Pontaut, que incluso está pensando en casarse con él?

—Sí... Sí. Pero si en determinado momento Roger llegase a ver alguna de estas fotografías, o esos negros las... las distribuyeran por ahí... ¿Se imagina usted?

—Quizá al señor Pontaut no le importase demasiado.

—¡Oh, por Dios, señor Monroe!

—Sí, claro. Una cosa es que una muchacha haya tenido amigos incluso para hacer el amor, y otra cosa es lo de los dos argelinos. Y a parte, claro, aunque no existiese el señor Pontaut, usted no querría que esas fotografías fueran puestas en circulación.

—Me moriría de vergüenza y de pena, señor Monroe. Usted... usted tiene que recuperar los negativos, todas las copias, todo, y... y resolver el problema de un modo *total*.

—Puedo intentarlo. Antes habló usted de una propina, si no recuerdo mal.

—Sí, sí. ¡Podrá pedirme lo que quiera!

—De acuerdo —sonrió secamente Monroe—. Si resuelvo el problema la propina que pido es ésta: usted o su nieta deberán decirle al abogado señor Pontaut lo sucedido con los dos negros.

—¿Qué... qué...?

—Madame, no me gusta que la gente sea engañada en demasía. Supongo que el señor Pontaut es una buena persona, y creo que no merece ser engañado de un modo tan... brutal. Antes de casarse con su nieta él tiene derecho a saber qué pie calza la jovencita, ¿no está usted de acuerdo?

—Eso... es mucha integridad por parte de usted, señor Monroe.

—Celebro que lo haya entendido, Madame. Mire, yo puedo actuar como *gigoló*, si es necesario, pero siempre respetando un mínimo a las personas. Si usted quiere contratarme de *gigoló*, por mí está bien, ya que los dos estaremos de acuerdo. Pero no pida a la F.I.S., ni a sus muchachos para todo, que rebasen ciertos límites. Incluso, si llega el caso, podemos matar..., pero no a Caperucita, sino al Lobo. ¿Me entiende usted, Madame?

—Sí, pero no pensé... que las cosas fuesen así.

—Pues lo son. ¿Acepta mi condición?

—Creo que debo hacerlo —se rindió Adele.

—De acuerdo. ¿Le dijo su nombre el argelino con el que habló por teléfono, le dio a entender alguna cosa, algo que pueda servirme de pista inicial?

—No... No, no.

—Muy bien, empezaré a buscarlos partiendo de las fotografías. No se asuste —sonrió—. Tengo un amigo aquí mismo, en Niza, que separará a los negros de su nieta en fotografías que me servirán para empezar la búsqueda. ¿Las fotos, Madame?

Adele De Treville titubeó, pero sólo un instante. Entrego de nuevo el sobre a Monroe, que se lo guardó en un bolsillo interior de la chaqueta.

—Naturalmente —dijo de pronto—, todo sería mucho más fácil si habláramos con su nieta, pues ella debe saber quiénes son y dónde están esos argelinos.

—Preferiría que no.

—Lo intentaremos de otro modo, entonces, por el momento. ¿Me permite utilizar el teléfono?

—Claro.

Monroe marcó el número que le había facilitado Fernand De Boussac, convencido de que no encontraría a éste. Pero se equivocó: De Boussac en persona atendió la llamada.

—Soy Monroe —dijo este—. Espéreme dentro de diez minutos en Place Massena, frente al Ayuntamiento. ¿Puede conseguirme una pistola, silenciador, funda...?

—...

—Llévela. Y empiece a pensar en el modo de realizar un trabajo fotográfico de urgencia. Hasta luego.

Colgó, y se quedó mirando a Adele, que había palidecido.

—¿Una... una pistola? —gimió la dama.

—Ya le dije, Madame, que si es necesario nosotros matamos al Lobo. Pero no se inquiete demasiado: ya verá como esos dos muchachos se avendrán a... razones. ¿Tengo su permiso para retirarme, Madame?

Adele De Treville le tendió la mano, y Monroe se inclinó sobre ella. Estaba un poco furioso, porque pensaba que aquel trabajo no era digno de él, pero la F.I.S. ya había aceptado, y él tenía que cumplir, por mucho que le humillase interesarse por una golfita caliente y dos negros argelinos. ¡Al demonio!

Abrió la puerta, y salió. Entonces, vio a la muchacha.

CAPÍTULO III

Era morena, de grandes ojos grises y luminosos. Bastante alta, ofrecía un gran contraste con el severo mayordomo que quedaba totalmente eclipsado. Como si no estuviera. Sofisticada y elegante, la desconocida tenía un cuerpo esbelto y armonioso. Por el escote de su blusa se veía el tono de un blanco marfileño de su piel. Era una imagen perfecta de armonía, belleza e inteligencia. Su boca era casi grande, llena roja. Alexander Monroe sintió como un calambre.

Se dio cuenta de que ella le miraba especulativamente, muy seria. Como vigilante. Por supuesto, acudía de visita, y no había tenido más remedio que esperar, con digno empaque.

Pese al aturdimiento que le producía la belleza de la desconocida, Monroe recordó algo de pronto, y se volvió hacia Adele.

—Ah, Madame, si desea comunicarme algo nuevo podrá encontrarme en el «Hotel Palais». Y si no me localizase, deje el recado de que me ha llamado. Sólo eso.

—Muy bien, señor Monroe.

Alexander se dirigió hacia la puerta, haciendo un gesto al mayordomo para que no le acompañase, e inclinando la cabeza ante la desconocida, que le sonrió con cortesía.

Cuando Alexander Monroe salió de la casa, no recordaba en absoluto el asunto de las fotografías. En su mente sólo estaba el recuerdo y la imagen del rostro de la desconocida.

* * *

La volvió a ver, no sin gran sorpresa, hacia las siete y media de la tarde, cuando tras dejar sus cosas en la habitación del «Hotel Palais» bajó al bar de éste para tomar un aperitivo antes de cenar.

La muchacha estaba sentada en un taburete ante la barra, de medio perfil, como abstraída. Ante ella tenía una copa de aperitivo. Por un instante, Alexander frunció el ceño. Luego, pensando que la casualidad es algo que existe en la vida, se dirigió hacia la barra, y se acomodó en otro taburete.

—Byrrh, por favor —pidió.

Fernand De Boussac, naturalmente, había acudido a la cita, le había entregado la pistola y demás, y se había hecho cargo de las fotografías. Posiblemente, las tendría dentro de un par de horas como máximo. Tiempo de degustar apaciblemente una buena cena.

La copa del aperitivo fue colocada ante Alexander. Este la tomó, y sin mirar se dio perfectamente cuenta de que ella, a su derecha, le estaba mirando a él abiertamente. Volvió la cabeza, y sus miradas parecieron chocar, Alexander alzó las cejas.

—Hola... —sonrió ella—. Nos volvemos a encontrar, Monsieur.

—Sí... Bueno, espero no confundirme: usted estaba esperando ser recibida por Madame De Treville, ¿no es así?

—Y usted salía. ¿Está alojado en el hotel?

—Así es. ¿Y usted?

—También.

—Feliz casualidad —alzó su copa Alex Monroe.

—¿Por qué feliz?

—Las obras hermosas merecen ser contempladas repetidamente, Madame.

—¡Muchas gracias! —rió ella—. A propósito, no Madame: Mademoiselle.

—Felicidades. Hoy día, el matrimonio no es siempre una maravilla.

—¿Lo sabe por experiencia?

—No. Por referencias de amigos menos afortunados que yo: se casaron.

—Caramba, tampoco es tan malo el matrimonio, señor Monroe —ella captó el gesto de sorpresa de él, y volvió a sonreír—. Oí a Madame De Treville pronunciar su nombre.

—Ah. Bien, yo no la oí pronunciar el de usted.

—Suzanne Blondel.

—Encantado. ¿Me permite invitarla?

—Por supuesto.

—Quiero decir, a cenar.

—Eso he interpretado.

Alexander Monroe sonrió, estirando su bocota y al mismo tiempo frunciendo un poco el ceño. Suzanne Blondel se echó a reír con exquisita discreción, y alzó su copa de aperitivo.

—También acepto su invitación al aperitivo —dijo.

—Es usted muy amable..., y muy sociable.

—No siempre.

—Hace bien. Hay que ir con cuidado sobre qué clase de relaciones inicia uno.

—Nunca he tenido problemas al respecto: tengo muy buen golpe de vista.

—Magnífico. ¿Me perdona un minuto? Voy a encargar la mesa para los dos y vuelvo a terminar el aperitivo.

—Le espero aquí.

Monroe asintió, saltó del taburete, y salió del bar.

Segundos más tarde estaba ante el mostrador de la conserjería, haciendo una seña de llamada al encargado.

—Diga, señor Monroe.

—Quisiera saber cuándo se alojó en el hotel la señorita Suzanne Blondel, porque hicimos una apuesta antes de llegar a Niza, y no quisiera ser engañado —sonrió—. Las mujeres no saben perder.

El hombre sonrió, y examinó su registro por pura rutina, porque mientras tanto decía:

—La señorita Blondel llegó al hotel hace sólo media hora, señor Monroe. Lo recuerdo perfectamente. Sí, aquí está.

—Ajá. ¿Qué habitación ocupa?

—La veintidós, Monsieur.

—Gracias.

Alexander se dirigió al rincón del vestíbulo donde estaban ubicadas las dos cabinas telefónicas con línea directa. Se metió en una de ellas, y llamó al número donde De Boussac estaba dirigiendo el trabajo fotográfico.

—Monroe otra vez, De Boussac. ¿Sabe algo de una tal señorita Suzanne Blondel?

—No, en absoluto.

—Bien. ¿Cómo van las fotografías?

—Trabajamos en ello.

—Las espero. Hasta luego —Monroe colgó, y marcó el número de la casa de Adele De Treville, que se puso al aparato a los pocos segundos —. ¿Madame? soy Monroe. La visitó a usted la señorita Suzanne Blondel cuando me fui yo. ¿Quién es ella?

—Oh, la señorita Blondel, sí... Es una editora.

—¿Una qué?

—Dirige una editorial de Lyon, de la que según tengo entendido heredó la mayoría de acciones. Prácticamente es también la propietaria.

—Ya. ¿Sería indiscreto por mi parte preguntarle a usted cuáles son sus relaciones con la señorita Blondel?

—Ella quiere que contrate con su editorial las memorias de mi marido..., la publicación, se entiende.

—Ah. ¿Va a aceptar usted?

—Bueno, la señorita Blondel se ha precipitado un poco. No tengo en Niza los escritos de mi marido, y además, tengo que ponerlos en orden, pasarlos a máquina... Se ha precipitado un poco.

—Pero usted tiene intención de publicar esas memorias.

—Así es. Pero me parece que esperaré a mi muerte, señor Monroe. Alexander Monroe se pasó la lengua por los labios.

—¿Por qué, Madame? ¿Por qué esperará?

—Me gusta vivir tranquila..., aunque otras personas no respeten eso. ¿Por qué me hace estas preguntas, señor Monroe?

—La señorita Blondel me oyó decir que estaba en el «Hotel Palais», y ha venido a alojarse aquí. Me ha seguido, desde luego.

—Oh, vamos... Ella está en Niza desde ayer, señor Monroe. Quedamos citadas para esta tarde, y si la hice esperar fue porque deseaba recibirlo a usted cuanto antes. Ella llegó ayer, de veras.

—Más a mi favor. Estaba en otro hotel, me oyó mencionar el mío, y fue a recoger sus cosas al otro hotel y se ha venido aquí.

—Pues no comprendo qué puede pretender.

—Si vuelve a hablar con ella no mencione nada de esto. Buenas noches, Madame. Colgó, y regresó al bar. Suzanne Blondel había terminado su aperitivo. Se quedó mirándolo con simpática expectación.

—Disculpe —pidió Monroe—, no encontré al *maître*, y recordé de pronto que tenía que hacer una llamada telefónica. Espero que no tengamos problemas para la mesa, de todos modos.

—Debe ser usted uno de esos hombres muy dinámicos y siempre ocupado, señor Monroe... ¿A qué se dedica?

—Trabajo para una editorial de París. ¿Y usted?

—Oh, bueno, soy... representante de productos de cosmética.

—¿De veras? Pues si yo fuera su jefe la despediría.

—¿Por qué? —se sorprendió, casi se sobresaltó ella.

—Porque si mi vista no me engaña no usa usted producto de cosmética alguno, y eso daría mal que pensar a los clientes.

Ella se echó a reír, un poco tensa.

—¿Cree usted que yo necesito cosméticos, señor Monroe?

—Francamente, no. Si acaso, como simple y exótico adorno nocturno; en fiestas, claro.

¿Otro aperitivo?

—No, no, es suficiente, gracias.

—En ese caso, vayamos al comedor.

Monroe bebió otro sorbo de su aperitivo, dejó la copa, y tomó de un brazo a Suzanne, con toda naturalidad. La muchacha lo miró, sonrió, y eso fue todo.

—¿Qué le gustaría cenar? —preguntó Monroe, cuando ya ambos estuvieron sentados ante una mesa, carta en mano.

—Sorpréndame.

Alexander Monroe tendió la carta al *maître*, sonriendo, y dijo:

—Sorpréndanos.

El hombre sonrió encantado.

—Espero conseguirlo, Monsieur. O cuando menos, satisfacerles.

—Estoy seguro de ello —asintió Monroe. El *maître* se alejó, y Suzanne comentó:

—Por un momento he temido que dijera usted eso de «no repare en el precio».

—No soy tan vulgar, señorita Blondel.

—Lo siento, no he querido molestarle, de veras.

—No tendría objeto, supongo. Una dama no se relaciona con un desconocido sólo para molestarle.

—Desde luego que no —rió Suzanne.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de que haya aceptado mi compañía?
—Simplemente, usted me resulta agradable.
—Así de simple.
—Así de simple, sí.
—Bueno... Espero que la cena que nos sirvan nos resulte agradable a los dos. ¿De qué podríamos hablar?
—Pues... de su trabajo, por ejemplo.
—No, no —rechazó Alexander—. Ni del suyo tampoco. Dejemos a un lado el trabajo y busquemos un tema grato para los dos. Cabe esperar que encontremos alguno, señorita Blondel.
Al final de la cena lo habían encontrado y comentado largamente: el escafandrismo, para asombro de Monroe. Aunque no tenía por qué sorprenderse tanto, ya que la señorita Blondel parecía una mujer sana, de admirables condiciones atléticas, y el hecho de que le gustase el mar y practicar el escafandrismo no resultaba en modo alguno increíble.
—...Espero tener un yate algún día —dijo Alexander—. Si llega ese momento, ¿aceptaría un pequeño crucero por lugares donde pudiéramos disfrutar de las bellezas del fondo del mar?
—¡Aceptaría encantada!
—Formidable. En ese caso, no olvide dejarme su dirección cuando regrese a París, para llamarla... ¡Caramba, yo también trabajo la mayor parte del año en París!
—Interesante coincidencia —le miró irónicamente Suzanne.
—Pero agradable. ¿O no?
—La cena ha sido deliciosa —dijo Suzanne—. No demasiado sorprendente, pero sí deliciosa. Las *crepes*...
—Estoy interpretando que no desea que la llame por teléfono cuando estemos ambos en París, Suzanne.
—Le dejaré mi número —murmuró ella.
—Bien. Me pregunto si se siente obligada.
—¡Claro que no! ¡Qué idea tan absurda!
—Es cierto —sonrió Alex—. ¿Me perdona un momento? Creo que me están haciendo señas... Disculpe.
Monroe se puso en pie, y se acercó a la puerta del comedor, donde, en efecto, un botones le había hecho unas discretas señas. Monroe lo escuchó, dio las gracias, y salió al vestíbulo, donde le esperaba Fernand De Boussac.
Este tendió un sobre a Monroe, explicando:
—Hemos destrozado solamente dos fotografías, para obtener ampliaciones de los rostros de los argelinos. Las demás están intactas. Alex asintió, sacó las fotografías del sobre, y las examinó. Aprobó con otro gesto.
—Buen trabajo, De Boussac. Con estas fotos alguien que haya visto a

los argelinos tendrá que reconocerlos. Bien, otra cosa: ¿qué puede decirme del señor De Treville?

—Nada —se desconcertó De Boussac—, excepto que está muerto. No investigamos a los muertos, Monroe, ya que no pueden ser nuestros clientes.

—Tengo en el comedor, esperándome, a una bella y encantadora muchacha llamada Suzanne Blondel, que dirige una editorial de Lyon de la cual, según entiendo, es prácticamente la propietaria. Está muy interesada en conseguir las memorias del fallecido esposo de Adele De Treville, hasta el punto de que, creyéndome un editor competidor, se ha mostrado muy asequible conmigo.

—Entiendo. Pero..., ¿qué puede tener que ver eso con el caso que nos ocupa?

Alex Monroe se guardó las fotografías, diciendo amablemente:

—Dentro de veinticuatro horas quiero saber muchas cosas sobre la señorita Blondel, y todo cuanto se pueda saber sobre el señor De Treville—, que en paz descanse. Buenas noches De Boussac.

—Buenas noches —sonrió éste.

Se despidieron con un apretón de manos. Alex regresó al comedor, y se sentó frente a la intrigada Suzanne.

—Tendrá que perdonarme —dijo—. Había pensado invitarla a tomar un par de copas por ahí, pero ha surgido un imprevisto. Quizá podamos vernos mañana.

—¿Ve como yo tenía razón?: es usted un hombre demasiado activo, Alexander.

—La vida es muy dura..., sobre todo para los que partiendo de cero queremos llegar a tener yate algún día.

—No necesita usted tener un yate para invitarme a tomar un par de copas —murmuro Suzanne.

—Se diría —sonrió Alex— que se encuentra usted a gusto en mi compañía.

—La verdad es que sí.

—La gente suele opinar que no soy precisamente simpático.

—No lo es demasiado —rió Suzanne—, pero me resultan un poco cargantes los hombres demasiado simpáticos. A decir verdad, no me fío demasiado de ellos.

—Chocante. ¿Por qué no?

—Generalmente siempre van buscando lo mismo. Ya sabe.

—Sí, sí. ¿Y eso le desagrada a usted?

—Me desagrada que con estúpidas sonrisas pretendan conseguir sus deseos. Al principio conseguían que me sintiera como una pobre tonta que podía ser manejada fácilmente. Algo así como un cervatillo al que se atrae con mimos para luego meterlo en una jaula. En cuanto me di cuenta, y de eso hace tiempo, comenzaron a desagradarme los

hombres-sonrisa.

—Los hombres-sonrisa. Oiga, eso está muy bien... Pero yo también sonrío de cuando en cuando.

—Sí, pero no se pasa el tiempo mirándome como si ya estuviera desnuda en la cama a su disposición.

—¿Acaso puede usted leer mis pensamientos?

—No. Pero me gusta su mirada.

Alexander frunció el ceño, y movió la cabeza.

—Bueno, tal vez podría usted acompañarme, siempre y cuando no deje de tener en cuenta que tengo algo que hacer.

—Subiré a buscar un chal. ¿Cinco minutos?

—Okay.

Se pusieron en pie los dos, y Suzanne salió del comedor. Alexander firmó la nota de la cena, y subió también a su habitación, donde rápidamente se colocó la funda axilar, echó un vistazo al cargador de la pistola, y se metió el silenciador en un bolsillo. Miró su reloj, porque tenía la absoluta certeza de que Suzanne sería rabiosamente puntual.

Muy bien, si ella quería acompañarle, ¿por qué no invitarla a tomar una copa en el «Café Dimanche»?

CAPÍTULO IV

El «Café Dimanche» era de esos simpáticos antiguos en el que nadie podía extrañarse al ver sola a una dama como Adele De Treville. Sito en la Rue de France, en la planta baja de un viejo edificio característico, resultaba agradable al primer golpe de vista. Seguramente, apenas llegase la primavera debían sacar mesas y sillas a la calle, pero el tiempo no era todavía adecuado para eso. Lo cual iba a facilitar las cosas a Alexander, a juicio de éste, ya que si Adele De Treville hubiese dejado el periódico con el dinero en una mesa en la calle, cualquiera podía haberlo recogido sin que los camareros lo viesen. Pero si había sido dentro, tenían que haber visto a un negro... Aunque bien mirado, ¿qué solucionaría eso? Aunque le dijeran que sí, era poco probable que supieran nada del argelino, pues éste no iba a ser tan cretino de exigir que le llevasen el dinero a un sitio en el que fuese conocido.

Pero ya estaban allí.

—Estoy desconcertada —dijo Suzanne—. ¿Estos son los sitios que usted frecuenta para distraerse un poco?

—Me encanta el sabor de la vieja Francia. ¿A usted no?

—No tengo más remedio... ¡Soy francesa!

Rieron los dos. Alexander la tomó del brazo, y entraron en el café, donde la atmósfera era poco menos que venerable. Pintoresca, para un yanqui trotamundos que frecuentaba lugares modernos generalmente de alto nivel. Ocuparon una mesa cerca de la pared. Había un grupito de jóvenes que parecían la mar de divertidos, pero el resto de clientes, no demasiados, eran de edad más bien madura. Alex pidió dos coñacs al camarero que se acercó lánguidamente, y cuya edad rebasaba los sesenta.

Al parecer procedente de un viejo tocadiscos, sonaba una música lenta y tristona, quizá romántica, en el local de recargada y oscura decoración. Suzanne lanzó de pronto una exclamación.

—*Mon Dieu* —dijo en francés—. *Les feuilles mortes!*

—¿Qué?

—Las hojas muertas —rió ella—. Es una vieja canción que escuché muchas veces en casa, cuando era niña. Mis padres la bailaban con frecuencia. ¿La conoce usted?

—No.

—Es uno de los buenos recuerdos que tengo de mis padres: bailando muy abrazados, y besándose con frecuencia.

—Al parecer, el matrimonio de sus padres no iba mal. Los míos vivieron a los compases de Glenn Miller. ¡Supongo que sabe usted quién fue Glenn Miller!

—Los americanos se han encargado de que sea conocido en todo el

mundo —rió Suzanne—. ¡Empiezo a pensar que ha sido magnífica la idea de venir aquí! pero ahora que pienso..., ¿este es el sitio en el que usted tiene que trabajar?

—Así es.

—¡No me imagino cómo o en qué!

—En realidad es sólo cuestión de unos minutos. Y creo que cuanto antes termine, mejor. ¿Le importa quedarse sola?

—¡No! —rió Suzanne.

Alexander se puso en pie, y se acercó al mostrador, donde un bigotudo francés, por contraste calvo, limpiaba con insólito esmero unas copas panzudas con un blanquísimo paño, mientras el que cumplía servicio en las mesas se dirigía hacia donde estaba Suzanne, portando una bandeja con una botella y dos copas.

—¿Puede atenderme unos segundos, por favor? —pidió Alex.

—Naturalmente, Monsieur. ¿En qué puedo servirle?

—Estoy buscando a unas personas que quizá vengan por aquí con cierta frecuencia. Tengo unas fotografías —sacó el sobre del bolsillo—.

¿Querría echarles un vistazo?

El hombre parpadeó.

—¿Es usted de la Policía, Monsieur?

—No.

—Lástima. Nos gusta colaborar con la Policía... Aunque aquí nunca pasa nada. Nunca.

Sonriendo, Alex tendió las fotografías de los dos negros argelinos, y el camarero las tomó, las miró, y en el acto dijo:

—No, Monsieur. Estos caballeros nunca han venido aquí.

—Caramba, tiene usted muy buena vista. Quizá su compañero los haya...

—No. No, Monsieur. Y le diré a usted por qué: a este café nunca han venido clientes de raza negra. Por nada especial. Simplemente, no vienen. Tienen otros muchos sitios donde lo pasan mejor, más a su gusto.

—Ya. Entonces..., ¿seguro?

—Segurísimo, Monsieur.

—Muchas gracias.

Regresó a la mesa, de la que el camarero se retiraba, tras servir los dos coñacs. Suzanne, que terminaba de encender un cigarrillo, se lo ofreció, en silencio, y encendió otro. Alexander se sentó, y quedó pensativo, casi hosco el gesto. ¿Le había mentido Adele De Treville? Era absurdo. Tan absurdo que se le ocurrió en el acto la única explicación posible: el dinero había sido recogido por un hombre o una mujer de raza blanca, alguien que de ninguna manera habría llamado la atención de los empleados del «Café Dimanche». Es decir, ¿tenían un cómplice de raza blanca los dos negros argelinos?

—¿Algo va mal? —oyó a Suzanne.

—No —la miró—. Sólo estoy un poco desconcertado.

—Ah. ¿Pero ha terminado su trabajo aquí?

—Sí, por completo. ¿Quiere que nos marchemos? Encontraremos sitios más de su gusto, sin duda.

—No creo —sonrió Suzanne—, Apostaría mil francos a que en ningún otro local de Niza tienen el disco de «Las hojas muertas» Le he pedido al camarero que vuelva a ponerlo. ¿Le molesta?

—Claro que no —se sorprendió Monroe.

Bebió un sorbo de coñac. Sí, los dos argelinos debían tener un cómplice de raza blanca... ¡Claro! Cielos, ¿cómo no se le había ocurrido antes? ¡La persona que había tomado las fotografías, por supuesto!

¿Un amigo de los argelinos? Tal vez, pero le parecía un tanto fantástico. ¿Acaso los negros sabían que Emile De Treville, la rubia y preciosa nieta de Adele De Treville, se iría a la cama con ellos? Si esto era así, sólo significaba una cosa: que no era la primera vez que se organizaba el juego de tres. Así que los argelinos y su amigo habían montado el chantaje. Inobjetable. La muy puerca...

Desvió de pronto la mirada hacia Suzanne. En efecto, ella le estaba mirando fijamente. Alex oyó de nuevo la canción «Las hojas muertas». Fue como si su mente absorbiera los pensamientos de la muchacha.

—La voy a sorprender —dijo—: dejé de bailar a partir de los veinte años. Y nunca bailé algo como esto.

—Siempre se está a tiempo de aprender —murmuró Suzanne.

Alexander Monroe sonrió al mismo tiempo que fruncía el ceño, como era en él característico. Pero su ceño se desfrunció enseguida, y quedó sólo la sonrisa. Se puso en pie. Suzanne lo hizo inmediatamente, pasaron al centro del establecimiento, y ella se pasó un brazo de él por la cintura, le tomó una mano, y puso la libre en el hombro masculino. Los demás clientes los estaban mirando, algunos sonrientes. Uno de los jovencitos los señaló, y comentó algo. Los demás rieron, se pusieron inmediatamente en pie, y formaron tres parejas. El camarero de los bigotes sonreía mostrando unos dientes manchados de nicotina.

—La pisaré —susurro Alexander.

—No importa.

Ella juntó su mejilla a la de él, y su cuerpo pareció fusionarse suavemente con el del americano, que sintió otra vez aquel calambre inédito hasta entonces, hasta aquella tarde en la casa de Madame De Treville. A través de las ropas de ambos, el calor del cuerpo de Suzanne Blondel pareció empapar el de Alex Monroe. La mano de ella era fina y fuerte; la cintura, bajo su mano, era tierna y sólida a la vez. En su pecho, Alex Monroe notaba el contacto aplastado de los senos femeninos...

Monroe experimentó una súbita erección, y, sobresaltado, intentó apartarse, deshacer el contacto de sus cuerpos, pero ella no lo permitió; siguió su retroceso, de modo que sus pechos y vientres continuaron juntos. Acto seguido, ella echó la cabeza hacia atrás, y le miró a los ojos, directa y fijamente. Alexander se sentía tan turbado que no se le ocurrió nada que decir. Pero sí tuvo que pensar que era absolutamente imposible que ella no se hubiera dado cuenta de su reacción.

—¿Le gusta? —preguntó Suzanne.

—Creo que sería mejor que nos sentáramos.

—Oh, no, por favor, Alexander...

Notó la caricia de los dedos de ella en su mano, y la mayor presión del cuerpo femenino contra el suyo. Totalmente imposible que Suzanne no se estuviera dando cuenta de su erección, percibiéndola plenamente. Pero ella continuó abrazada a él, y se las arregló para que cuando el baile terminó estuvieran junto a la mesa. Las parejas se separaron, y los jovencitos comenzaron a aplaudir y a gritar ¡Bien!, ¡Bravo! Los clientes de edad madura sonreían. Alexander, que se había apresurado a sentarse, terminó el coñac de un trago. Suzanne se sentó ante él, riendo.

—Espero que no lo haya pasado tan mal —dijo.

—¿Nos vamos?

—¿Por qué? Si hemos de tomar otra copa, podemos hacerlo aquí mismo. Tenemos de todo: buen ambiente, grata compañía, música. ¿Qué más se puede pedir?

—Le advierto que no pienso volver a bailar.

—Bueno, podemos volver a nuestra conversación sobre escafandrismo y sobre sus posibilidades de tener pronto un yate. ¿Por qué un yate? ¿Por qué no un «Rolls & Royce», por ejemplo?

—Buena pregunta. Y la voy a contestar: no hay nada que se pueda hacer con un «Rolls» que no pueda yo hacer sobre mis propias piernas, aunque tarde más tiempo. En cambio, no me veo capaz de llegar a nado desde Niza a Capri, pongo por caso.

—¿Conoce Capri?

—Un poco.

—Yo nunca he estado allí. ¿Es una isla tan hermosa como dicen?

Alexander comenzó a hablar de Capri, de sus costas y de sus fondos marinos, maravillosos para una buena excursión submarina. Suzanne Blondel había ladeado la cabeza, para apoyar una mejilla en una mano, de modo que sus cabellos colgaban por aquel lado, con reflejos que parecían de miles de diminutísimas lucecitas. Escuchaba con atención, con, gesto inteligente, mirando ora la boca de Alexander, ora la barbilla, ora los ojos... O las manos de él cuando hacía algún gesto.

El grupo de jóvenes se marchó. Poco después, una de las parejas, maduras... Finalmente, quedaron solos en el café. Los dos camareros los miraban con fatigada indulgencia. Alexander los miró de pronto, frunció el ceño, y cortó su última frase, para decir:

—Ahora sí tenemos que marcharnos.

Señaló a los camareros, uno detrás del mostrador, otro delante, apoyado. Suzanne rió, y se puso en pie. Monroe dejó un billete sobre la mesa, y la ayudó a colocarse el chal. El camarero que estaba apoyado en el mostrador fue hacia la puerta, y la abrió.

—Bonne nuit, Mademoiselle... Bonne nuit, Monsieur...

Afuera, la noche era fresca, casi fría. Suzanne se estremeció ligeramente. Alexander le pasó un brazo por los hombros.

—¿Tienes frío?

—Un poco.

—Por suerte dejamos el coche cerca.

Comenzaron a caminar. Había refrescado, ciertamente. No se veía un alma por la calle. Un solitario automóvil pasó por Rue de France en dirección a Jean Médicin...

Los dos hombres aparecieron de pronto de un portal, plantándose ante Alex y Suzanne. Esta lanzó una exclamación de sobresalto..., y quedó muda, con la boca abierta, cuando las dos navajas relucieron antes sus ojos. Se detuvieron.

—El dinero —dijo uno de los sujetos—. Usted, las joyas. ¡De prisa!

—Tranquilos —murmuró Alexander—. No hay problema.

Retiró el brazo derecho del hombro de Suzanne, que había quedado como paralizada. Podía hacer dos cosas. Una, utilizar la mano izquierda para sacar la billetera y entregarla, con lo que evitaría el riesgo para Suzanne absolutamente. Dos, utilizar la derecha para extraer la pistola de la funda axilar y darles un bueno susto a los dos golfos.

Sólo que, mientras retiraba el brazo del hombro de Suzanne, pudo ver los rostros de los dos hombres, y la expresión de sus ojos. Y se fijó mejor en sus ropas, tan correctas como las de él mismo; buen traje, camisa cara, corbata de alto precio... No daban el tipo de atracadorcillo corriente, ni mucho menos. Pero sobre todo, lo que le alertó, fue la expresión en los ojos de los dos sujetos.

Una expresión en la que Alex Monroe vio la muerte. No querían realmente su dinero, o no sólo su dinero. Iban a matar. ¿A él o a Suzanne? ¿O a los dos? La idea pasó por la mente de Monroe cuando su brazo derecho comenzaba a pasar ante su cuerpo. Si no se trataba de un atraco vulgar, ¿de qué se trataba? ¿De algo relacionado con las fotos de los argelinos y la nieta de Adele De Treville..., o de algo relacionado con Suzanne Blondel?

—Vamos, vamos —exigió uno de los hombres—. ¡Le he dicho que nos

entregue las joyas! Y usted, el dinero... ¡Venga!

Suzanne subió el antebrazo izquierdo, dispuesta a desprenderse de su reloj de oro, muy asustada. O lo parecía, al menos. Muy bien, de acuerdo.

La cosa fue simple.

Alexander adelantó velozmente un paso, pero alzando la rodilla derecha, de modo que la hundió ferozmente entre las ingles de uno de los sujetos, que lanzó un berrido y retrocedió. El otro, a la izquierda frente a Monroe, respingó, y lanzó un pinchazo rapidísimo, horizontal, hacia la garganta del muchacho para todo.

Para TODO.

El brazo izquierdo de Monroe desvió la navaja, y el derecho, ya flexionado, se distendió. El puño, duro como una roca, dio en plena boca del asaltante, que crujió y salpicó sangre de los reventados labios. El sujeto, profiriendo un alarido de dolor, se desplomó hacia atrás, y cayó sentado. El otro, encogido un par de pasos más atrás, pálido como un muerto y con las manos entre las ingles, miraba con ojos desorbitados a Monroe, que se acercó a él y echó el pie derecho hacia atrás.

Oyó el zumbido del motor de un coche, y sus reflejos funcionaron providencialmente. Desistiendo de golpear de nuevo al sujeto encogido ante él, retrocedió rápidamente, asió a Suzanne por un brazo, y tiró de ella hacia el portal, pero vuelta la cabeza hacia la calzada.

El automóvil acababa de frenar frente a ellos, y Monroe vio el brillo de la pistola en la ventanilla derecha. Abrazó a Suzanne por la cintura, y la derribó, yendo al suelo con ella. Por encima de su cabeza oyó el crujiente soplo de las tres balas, y, en la calzada, los suaves chasquidos.

Rodaron ambos por el suelo del portal, y Alexander se encaró velozmente a Suzanne, y llegó a tiempo de ponerle una mano en la abierta boca.

—Calla —jadeó.

Se puso en pie, y se acercó a la salida. Afuera oía la voz de un hombre, en el centro de la calzada. En la acera, las exclamaciones y jadeos de los dos asaltantes. Farfullando una maldición, Alexander sacó el silenciador, y comenzó a enroscarlo a la boca de la pistola. De ninguna manera quería atraer sobre él la atención de nadie, y menos de la Policía, si era posible. Si ellos lo querían en silencio, pues muy bien, en silencio...

Ya colocado el silenciador, se asomó, pero no a la altura normal de su cabeza, sino más bajo, flexionando las piernas. Por entre dos vehículos estacionados vio el que estaba en el centro de la calzada, motor en marcha, pero las luces apagadas. Oyó los jadeos en la acera, y miró

hacia allí. Los dos sujetos, uno ayudando al otro, corrían hacia el coche.

Alexander alzó la pistola, y disparó.

El alarido debió oírse en toda la calle. Uno de los sujetos perdió de pronto toda la fuerza, se relajó, y casi derribó al otro al desplomarse. Casi al mismo tiempo, una bala rebotaba por encima de la cabeza de Monroe en el borde del portal, y rebotó con agudo tañido hacia el cielo. Alexander se protegió, quedando acucillado, pensando rápidamente..., mientras dos balas más rebotaban afuera.

Cuando comprendió la jugada, ya era tarde: le habían disparado sin grandes esperanzas de acertarle, pero sí convencidos de que lo retendrían allá dentro mientras los otros dos sujetos llegaban al coche. Oyó el rugir del motor de éste, lanzó una imprecación, y salió corriendo, saltó por entre dos coches, y llegó a la acera cuando el automóvil giraba a la derecha por la Rue du Congr s. En el momento en que lo tenía apuntado, el v h culo dobl  la esquina.

Perseguirlo a pie era una tontería. Perseguirlo con el B.M.W. todavía era más tontería, porque cuando él llegase a Promenade des Anglais el otro coche habría desaparecido entre el tráfico, muy denso all  incluso a aquella hora. Y además, estaba Suzanne...

Guard  la pistola, y regres  al portal. Suzanne estaba sentada en el suelo, y se quedó mirándolo con los ojos muy abiertos. Alexander captó el leve temblor de su barbilla, y frunció el ceño.

Le tendió una mano.

—Vamos al coche —gru o.

—Dios mío... —gimió Suzanne.

—No ha sido nada —dijo desabridamente Monroe—. Vamos.

Le tendió la mano, y la ayudó a ponerse en pie. Salieron del portal, y caminaron rápidamente hacia el coche de Monroe. Segundos más tarde se alejaban de all . Al volante del B.M.W., Monroe miró de reojo a Suzanne.

— Est s bien? —gru o.

—Creo... creo que s ...  Dios mío, qué susto me he llevado! Y... y... Alexander, t  llevas... una pistola...

—Vamos al hotel —encogió él los hombros—. Hablaremos cuando est s completamente tranquila.

CAPÍTULO V

—¿Seguro que ya estás tranquila del todo?

—Sí —sonrió ella—. De verdad.

Alexander asintió, y entró en la habitación de ella, que cerró la puerta. Suzanne se había desvestido, llevaba ahora un salto de cama precioso, de color amarillo pálido, bajo el cual se distinguía una graciosa camisita de dormir. Al fondo de todo esto se vislumbraban las formas del cuerpo femenino, en especial el oscuro triángulo del vello sexual, y los grandes puntos también oscuros de los pezones.

—¿Has hecho tu llamada telefónica? —preguntó Suzanne.

—Sí.

—Bien. He pedido una botella de coñac. ¿Quieres una copa?

Alexander miró los desdibujados pezones, y luego los grises ojos de la muchacha.

—Yo no trabajo para ninguna editorial, pero tú eres propietaria y directora de una, en Lyon. ¿Cuál es tu juego?

—Oh, Dios mío, no me hables así, no soy una...

Él la tomó rudamente por un brazo.

—Ya basta —masculló—. Esos dos hombres, tres, mejor dicho..., ¿iban a por ti o a por mí?

—Pero... pe-pero, ¿qué... qué dices...?

—Estaban dispuestos a matar. Seguramente, a los dos, para no dejar testigos, pero el objetivo era uno solo de nosotros. O yo, por el asunto de la nieta, o tú por el asunto de la abuela. ¡No me digas que no me has entendido!

—Te... te juro que... que no, Alexander.

Este se quedó mirándola torvamente. Desvió la mirada, vio la bandeja con la botella de coñac y la copa sobre una mesita, y fue a servirse un trago. Suzanne le miraba como despavorida.

—Tú estás en Niza —dijo de pronto suavemente— para conseguir las memorias del señor De Treville, que su esposa conserva en un borrador, según tengo entendido.

¿Cierto?

—Sí... Eso es cierto.

—Y creyendo que yo era un editor competidor dejaste el hotel en el que te alojaste ayer al llegar a Niza y te viniste a éste, para hacer contacto conmigo, espiarme, y, si era necesario, maniobrar para que yo no consiguiera esas memorias. ¿Cierto?

—Sí —se sofocó Suzanne—. Cierto. Oh, Alexander, lo siento, te aseguro que ahora...

—Nada de tonterías. ¿Sabes algo del asunto de la nieta?

—No... En absoluto.

—Bueno, entonces explícame el tuyo con cierto detalle.

—Pero si es tan simple... Antes de morir mi padre me había hablado muchas veces de que conseguiríamos un gran impacto editorial si contratábamos las memorias del coronel De Treville. Escribimos varias veces a Adele De Treville haciéndole buenas ofertas, pero ella nunca contestó. Poco después de morir mi padre yo insistí, y ella siguió sin contestar. Finalmente, decidió venir a verla, eso es todo.

—Has dicho *coronel* De Treville. Coronel, ¿de qué?

—Del Ejército francés. El coronel De Treville fue uno de los más destacados héroes franceses durante la Segunda Guerra Mundial, y luego, hasta su muerte hace tres o cuatro años, estuvo ocupando importantes cargos en el Ejército y finalmente en la política francesa. Monroe bebió pensativamente otro sorbo de coñac.

—¿Quién sabía que ibas a venir a Niza?

—Oh, pues los empleados de mi editorial, claro.

—¿Y lo sabía Madame De Treville?

—Claro. Primero le envié un telegrama, y luego, cuando llegué ayer a Niza, la llamé por teléfono, y logré convencerla de que me recibiese esta tarde a las seis.

—¿Qué crees tú que puede contar el coronel De Treville en sus memorias?

—¿Cómo voy a saberlo? ¡Son sus memorias, no las mías! Pero fue un hombre muy interesante, así que sus memorias deben serlo también..., espero.

—¿Tan interesantes como para que alguien planease impedir su publicación, matándote?

—Debes estar equivocado. ¡No creo que quisieran...!

—Escucha, tú eres editora, y no pienso discutir jamás contigo sobre ediciones. A cambio, no discutas conmigo de cosas de las que entiendo mucho más que tú. Querían matarnos, pero no de un modo que hubiese provocado investigaciones policíacas de cierto nivel. Así que primero querían nuestro dinero y tus joyas, para que pareciese un vulgar atraco en el que habían surgido complicaciones y hubiéramos resultado muertos a cuchilladas. Algo tan corriente estos días que nadie habría sospechado en otros móviles. ¿Lo entiendes?

Suzanne afirmó con la cabeza, y murmuró:

—Si no trabajas para una editorial..., ¿en qué trabajas?

—Digamos que soy una mezcla de *playboy*, policía privada, niñera, *gigoló*, acompañante, guardaespaldas y un montón de cosas más. Depende de lo que necesite el cliente. ¿Has oído hablar de la F.I.S.?

—No... No.

—Te enviaré un folleto de propaganda —masculló Monroe—. Bueno, vístete.

—¿Que me vista? Habrás querido decir...

—He querido decir lo que he dicho. No vas a quedarte en este hotel,

después de lo ocurrido. Está claro que te tienen localizada: nos vieron salir de aquí, nos siguieron, nos esperaron tan contentos porque cuanto más tarde fuese, menos posibles testigos habría en la calle... Vístete.

—O sea, que... que querían matarme a mí... ¿Es eso?

—Me temo que sí —sonrió Alexander.

—¿Y eso te divierte?

—Me divierte la idea de que pretendan intentarlo de nuevo.

Suzanne asintió, se quitó el camisón y la camisita, y miró a Alexander, que la contemplaba con gesto inexpresivo. Ella bajó la mirada, volvió a mirarle a los ojos, y sonrió.

—Te alteraste más cuando bailamos «Las hojas muertas» —susurró.

—Temí que no lo hubieses notado. Eso me tenía deprimido.

—¡Claro que lo noté! —rió ella—. Y parece que te gusto más vestida que desnuda.

—Fue sólo cuestión de proximidad.

Suzanne asintió, se acercó a él, le quitó la copa, que dejó sobre la bandeja, y se colgó de su cuello, apretándose contra él.

—Yo diría que estoy más próxima ahora que en nuestro café, Alexander —musito.

Él no dijo nada. Suzanne le besó en la boca, largamente, profundamente. Cuando por fin se separó, sus ojos chispeaban de malicia. Tomó las manos de él y las colocó sobre sus hermosos pechos.

—Por un momento temí que no te alterases —rió—. ¡Oh, Alexander, me he enamorado de ti, ¿no lo comprendes?!

—Vístete —gruñó Monroe.

Pocos minutos más tarde, desde su asiento ante el volante de la camioneta, Fernand De Boussac los vio salir del hotel, y acercarse a la parte de atrás del vehículo. Oyó abrirse y cerrarse las puertas traseras de éste, y luego los golpes tras él, en la cabina. Puso en marcha la camioneta, y partió hacia el chalé que el muy inquieto y activo Monroe le había exigido poco antes. Y desde luego, si alguien les seguía, Monroe los vería por los cristales de las puertas de atrás de la camioneta.

Apenas quince minutos más tarde, la camioneta se detenía en el pequeño jardín de un chalé sito en Basse Corniche. Fernand apagó las luces y el motor, y saltó a tierra. Cuando llegó a la parte de atrás del vehículo Monroe y la muchacha ya habían salido también. De Boussac tendió unas llaves a Monroe.

—*Voilà!* —sonrió—. Le espero aquí, Monroe.

—¿Por qué? —preguntó Suzanne.

—No va a volver a pie a Niza, supongo —la miró amablemente De Boussac—. ¿O no va a volver de ninguna manera?

—Esta noche, no —sonrió Suzanne.

—*Oh, la, lá* —rió Fernand—. Claro, lo entiendo. De ninguna manera puede dejarla sola esta noche, no fuese que alguien volviera a intentar asesinarla. Me parece muy bien, muy propio de un buen muchacho como Monroe. ¿Lo paso a recoger con el coche por la mañana, muchacho?

—Después de las nueve —dijo Suzanne.

—Perfecto. Que descansen.

La camioneta partió. Fruncido el ceño, Alexander abrió la puerta del chalé, y encendió la luz. Dejó pasar a Suzanne, entró, y cerró la puerta.

—Aquí estarás segura —dijo.

—Sobre todo teniéndote a ti como guardaespaldas. Es ya muy tarde... ¿Nos acostamos?

—Hay dos dormitorios. Elige el que quieras.

Suzanne asintió, fue al cuarto de baño, y luego entró en uno de los dormitorios. Sacó del bolso la camisita de dormir, el salto de cama, y se puso ambas prendas. Apagó la luz, salió del dormitorio, y entró en el otro, donde Monroe estaba ya sólo en calzoncillos. Se quedó mirándola hoscamente.

—¿Necesitas algo? —preguntó.

—Ya lo creo que sí —susurró Suzanne—, pero esta vez tendrás que desnudarme tú. Monroe estuvo unos segundos mirándola fijamente. Por fin, se acercó, la abrazó por la cintura, y la besó en un lado del cuello. Suzanne emitió un gemidito, y dijo:

—Siento como... como calambres...

—Chocante —murmuró Monroe—. Muy chocante.

—Supongo que a ti nunca te ha ocurrido.

—A decir verdad, nunca hasta hoy.

—¿Eso quiere decir que también los sientes?

—Sí.

—¡Pues nos vamos a electrocutar! —rió Suzanne.

Y acto seguido su boca se alzó en busca de la de Alexander Monroe, muchacho para todo.

* * *

No fue fácil convencer por teléfono a Emile De Treville para que acudiera a la cita, pero al fin aceptó; aunque no llegó a las once, hora convenida, sino a las once y media. Llegó en un llamativo Ford Granada, muy a juego con ella. Nada más salir del coche la muchacha atrajo las miradas de todos los hombres que había en el bar del restaurante próximo a la playa.

Y con razón. Vestía pantalones blancos y jersey azul; los primeros, ciñendo a más no poder sus caderas y las nalgas; el segundo, escotado de modo que se veían sus pechos casi hasta la mitad. Rubia, alta,

elegante, llamativa. Preciosa. Un auténtico bombón de veinticinco años con todas las ansias de vivir en sus grandes ojos azules. Alexander torció el gesto al recordar las fotografías, y tuvo que repetirse una vez más que cada cual tiene todo el derecho del mundo a elegir su pareja... o parejas.

Pero no pudo evitar pensar:

«Golfa de mierda...»

Se puso en pie, y en el acto la mirada de Emile fue hacia él. Se acercó, sonriente y un tanto expectante, como curiosa.

—¿Señor Monroe? —preguntó.

—Sí. Por favor, siéntese, señorita De Treville.

—Gracias.

No se disculpó por llegar con retraso. Aceptó el cigarrillo que le ofreció Monroe, también la invitación a un aperitivo, y miró hacia el mar, agrisado tras los cristales que todavía cerraban el bar de la fría humedad.

—Pese a todo —dijo de pronto—, es un hermoso día.

Alexander, que no dejaba de mirarla, sonrió fríamente. Conocía muy bien a aquella clase de gente, pues había realizado trabajos casi siempre desagradables para ellos. Sólo pensaban en sí mismos. Muy bien, de cuando en cuando él también podía darles un buen golpe en las narices.

Sacó el sobre de un bolsillo interior, extrajo las fotografías, y las colocó ante la muchacha. Emile bajó la mirada, vio la primera foto de sí misma con los dos argelinos, y palideció. Su mirada pareció saltar hacia Alexander Monroe, que sonrió «amablemente».

—Es usted muy fotogénica —dijo.

—¿De dónde ha sacado estas fotografías? —susurró ella.

—Intente adivinarlo.

Ella volvió a mirar las fotografías, y luego alzó orgullosamente la barbilla,

—¿Esto era el asunto tan importante que teníamos que tratar? —dijo despectivamente—. ¿Un chantaje?

—Es lo menos malo que se puede esperar cuando una joven como usted se relaciona con cierta clase de personas. ¿No se le ocurrió esto?

—No.

—¿No se dio cuenta de que la fotografiaban?

—Claro que no. ¡Oh, malditos cerdos...! ¡Y usted también!

—Eche el freno, nena: quien está fornicando y haciendo otras cosas con los negros es usted, no yo. Espero que no vaya a decirme ahora que la llevaron a la fuerza a la cama.

—Tengo derecho a gozar con quien me plazca.

—Póngame en turno, si le gusto.

Ella le miró furiosamente, pero de pronto se rió.

—¿Eso es todo lo que quiere usted? —se tranquilizó.

—La idea de echar un par de polvos con usted me parece sencillamente deliciosa —admitió Alexander—, pero su abuela no me paga para eso. Y además, estoy servido mucho mejor.

—¿Mi abuela? ¿Mi abuela?

—Le enviaron estas fotografías por correo. Luego, la llamaron por teléfono diciéndole dónde, cuándo y cómo debía entregar veinticinco mil francos. Ella lo hizo. Pero comprendió que el chantaje sólo había hecho que empezar, así que me contrató para que solucione el asunto de una vez por todas.

—De modo que la vieja tacaña lo sabe... ¡No me ha dicho nada!

—Evidentemente, la vieja tacaña tiene, por otra parte, un espíritu delicado. Y la ama a usted. Por eso, sin llegar a provocar una situación violenta y triste entre ustedes dos, está haciendo lo que mejor se le ha ocurrido para arreglar las cosas.

—¿Usted las va a arreglar?

—Dígame una cosa: ¿por qué se acostó usted con estos dos muchachos?

—Porque me gustaron.

—Razonable a más no poder. ¿Esta fue la primera vez o antes hubo otras?

—Estuve con ellos tres o cuatro veces.

—¿Se lo ha dicho usted a su novio, el señor Pontaut?

—¡Claro que no! ¡Qué idiotez!

—¿Piensa casarse con él?

—Lo estoy empezando a considerar en serio.

—¿Le dirá la verdad antes de casarse?

—Oiga, ¿está usted loco? ¡No tengo por qué contarle mi vida pasada a Roger! Él ya sabe que ha habido otros hombres antes, lo que es lógico, ¿no? No tengo por qué entrar en detalles. Ni creo que le interesen.

—A veces, las personas hacemos cosas no bajo nuestro auténtico impulso, sino empujados por un establecido amor propio, o, como dicen algunos, por el qué dirán nuestros amigos y la gente en general si se entera. Una cosa es que todos sepan que usted ha tenido varios amigos, lo que en efecto es lógico y natural, y otra cosa sería que estas fotos comenzasen a circular, o que se las enviaran directamente a Roger Pontaut. En ambos casos, dudo mucho que el señor Pontaut continuara sus relaciones con usted...

—Quizá sí —sonrió Emile—. ¡Le gustan mucho!

—De modo que también con él le da gusto al sexo.

—¡Qué pregunta tan tonta! ¡Claro que sí! ¿Por qué tenía que ser él diferente a los demás? Nos gusta hacerlo, y lo hacemos.

—Abrumadoramente comprensible. Mire, Emile, si estas fotografías empiezan a circular, ningún hombre querrá casarse con usted. No,

sabiendo que todos saben que usted ha estado retozando con dos negros. Estoy segura de que entiende esto.

—No es imprescindible casarse, para disfrutar.

—Eso es cierto. Pero tarde o temprano a usted se le ocurriría hacerlo, como ahora con Pontaut. Y sobre todo, lo que me preocupa es su abuela: si las fotos circulan por su ambiente, la pobre señora se va a llevar un disgusto que podría ser de muerte. Eso es lo que yo tengo que evitar. Y por favor, hablemos juiciosamente, no se porte como una puta de barrio bajo. ¿De acuerdo?

Emile De Treville aspiró profundamente, y asintió.

—¿Qué espera usted de mí? —murmuró.

—Es muy sencillo. Quiero que me diga los nombres de estos dos amiguitos suyos y dónde puedo encontrarlos. ¿Es o no es fácil?

—Se llaman Hassan y Mamud. Pero no sé dónde viven.

—¿No? —Alex señaló las fotografías—. ¿En qué lugar están ustedes aquí dale que dale?

—Me dijeron que era el apartamento de un amigo que estaba trabajando temporalmente en Italia.

—¿Fueron allí todas las veces?

—Sí.

—¿Cuál es la dirección?

—El 34 de la Rue Dijon. Apartamento 4.

—¿Conoce a ese amigo que está en Italia?

—No.

—¿Cuánto hace que conoce a Mamud y Hassan?

—Oh, unos... tres meses. Pero ya terminé con ellos. Roger me complace suficientemente.

—Un hombre admirable. Bien, ¿dónde cree que podría encontrar a esos dos muchachotes negros?

—No tengo la menor idea. Ya le digo que terminamos.

—¿Dónde los conoció?

—Ah, en un pequeño antro de la Rue Mássena al que se me ocurrió ir una tarde. Quizá ellos vayan todavía por allí.

—Quizá. ¿No la han buscado, no la han llamado? Ellos debían pasarlo muy bien con usted, que es una perita en dulce. ¿No insistieron cuando usted dijo que el juego había terminado?

—Dijeron que había muchas mujeres como yo en Niza, y en toda Francia, ávidas de chicos como ellos. Quedamos como buenos amigos.

—Ya. Como buenos amigos —Monroe recogió las fotografías, y las guardó, tras echarles un vistazo irónico—. Yo también sería amigo de una chica tan complaciente.

—A decir verdad —sonrió Emile—, usted me está gustando más y más a cada instante, Monsieur Monroe. Tiene algo... ¿como diría yo?... básicamente excitante.

—¿La caspa, tal vez?

—¡Usted no tiene caspa! —rió Emile.

—Usted tampoco —sonrió Alexander—. Puestos a no tener, usted no tiene ni siquiera el más leve conato de vergüenza. Oiga, es usted la puta más reputa que he conocido, ¿sabe? Y fíjese bien que no digo ramera, que eso es otra cosa, tengamos un respeto para la profesión. Usted, simplemente, es puta y reputa con ganas.

—¡Gracias! ¿Tiene algún compromiso ahora?

—Antes me la cortaría que acostarme con usted —Monroe se puso en pie—. Pero mire, sólo tiene usted que guiñar un ojo y podrá tirarse a cualquiera de los hombres que hay aquí, incluido el camarero que lleva pata de palo. Escuche sólo esto, como despedida: mantenga la boca cerrada sobre el asunto de las fotografías, y sea más cuidadosa en adelante. ¿Okay?

—Me había empezado a hacer a la idea de que usted y yo podríamos gozarnos mutuamente.

—Gracias, pero no tengo ganas de vomitar. Ah, se me olvidaba: ¿cómo se llama ese antro de la Rue Mássena?

—«Le Bijou».

—«La Joya», ¿eh? Pues debería llamarse «La Merde».

—Usted no entiende de mujeres —se burló Emile.

—Más que usted —sonrió ampliamente Alexander.

CAPÍTULO VI

—Oh, Dios mío —gimió Suzanne—, ¡Me vas a matar!

—¿De asco?

—¡De cansancio... y de gusto! —rió ella, besándole una vez más en la boca—. Si seguimos así no llegaremos vivos a la noche. ¡No son ni las seis de la tarde, y ya me has...!

El teléfono sonó en aquel momento, en la salita del chalé. Suzanne y Alexander se miraron y él hizo un gesto de cómica resignación.

—Debe ser De Boussac —dijo, saltando de la cama.

Se puso el pijama y se dirigió hacia la salita, mientras Suzanne se desperezaba lánguidamente. El teléfono dejó de sonar, y se oyó la voz de Monroe.

—¿Hola?

—...

—Ah, muy bien. ¿Cuántos han venido?

—...

—Suficiente. Que se mantengan alejados de mí de modo que nadie se fije en ellos relacionándolos conmigo. Yo voy a salir ahora mismo hacia Niza.

—¿...?

—Lo primero que haré será ir a un antro de la Rue Mássena llamado «Le Bijou», y según lo que encuentre allí tomaré las siguientes decisiones. Ah, De Boussac: uno de los muchachos que se venga aquí con Suzanne. ¿Comprende? Los otros que investiguen discretamente en el número treinta y cuatro de la Rue Dijon.

—...

—Pues eso es todo. Llamaré más tarde.

Colgó, y regresó al dormitorio, donde comenzó a vestirse.

—De modo —sonrió Suzanne— que vamos a tomarnos un descanso. ¿Esperas encontrar a esos dos muchachos negros en «Le Bijou»?

—Tengo que intentarlo, ¿no? Al menos, espero conseguir una pista sobre ellos. Aunque si utilizaron el apartamento de un amigo suyo que está en Italia hace tiempo no será fácil. De todos modos, si es necesario contaré con una buena ayuda: han llegado varios compañeros del F.I.S.

—Ya lo he comprendido. Y has ordenado que uno de ellos venga aquí para que me proteja de cualquier percance.

—Así es.

—Pero nadie sabe que estoy aquí, Alexander.

—Ya, ya, pero las precauciones nunca están de más. Bueno, creo que deberías vestirte. Y no te pongas nerviosa cuando veas a mi compañero.

—¿Por qué habría de ponerme nerviosa?

—Porque todos son muy guapos —gruñó Alex.
Suzanne se echó a reír. Saltó de la cama, y comenzó a vestirse.
Alexander terminó antes que ella, la abrazó por la cintura, y la besó en la boca.
—Adiós. Recuerda: no salgas de aquí.
—¿Vendrás esta noche?
—Me parece que eres tú quien quiere matarme a mí —sonrió Monroe—. Haré lo posible, naturalmente. Pero como ya le he dicho a De Boussac, todo depende de cómo me vayan las cosas en «Le Bijou»...

* * *

—Hola, chatón.

Alex Monroe volvió la cabeza, y miró a la llamativa muchacha que se habla sentado en un taburete junto a él ante la barra de «Le Bijou», adonde había llegado hacia apenas tres minutos y había pedido un coñac. La chica era más bien guapa, rubita. Iba muy escotada y muy bien maquillada. Clasificada.

—¿Chatón? —sonrió Alex—. ¿Qué quiere decir eso?

—A mis amigos los llamo «chatito», pero tú eres demasiado grande. Hasta para llamarte «chato» a secas. Eres tan grande que hay que llamarte chatón.

—Pero no soy chato; mi nariz, es normal. ¿O no?

—¿Te ha molestado que te llame chatón?

—En absoluto.

—Entonces, ¿me invitas a un trago?

—Claro que sí. ¿Vienes a menudo por aquí?

—Todos los días de mi lujuriosa vida. Es la primera vez que tú vienes por aquí, ¿verdad?

—Sí. Estoy buscando a unos amigos. ¿Qué quieres tomar?

—No quiero engañarte: té perfumado con coñac. Te costará veinticinco francos. ¿Estás de acuerdo?

—Prefiero eso a que pretendan tomarme el pelo. Bueno, pídelo. ¿Cómo te llamas?

—Martine.

Alex asintió, y mientras la muchacha pedía su té perfumado al camarero echó un vistazo al antro. No era tan malo, después de todo. Sólo un poco sórdido, cargado de humo, y con una clientela que no era selecta, desde luego, y si un poco inquietante. Había bastantes chicas como Martine y tipos barbudos. Divisó un solo negro charlando con una de las chicas en un rincón. Las luces eran rojas, tan oscuras que el ambiente resultaba más bien deprimente...

—A tu salud, chatón.

—A la tuya —sonrió Alex, alzando su copa de coñac: bebió un sorbo, y miró de nuevo alrededor—. Estoy buscando a dos amigos, pero parece

que hoy no han venido todavía. Ellos suelen venir con frecuencia aquí.

—Entonces, los tengo que conocer. ¿Cómo se llaman?

Monroe mostró las fotografías de los dos argelinos a la muchacha, diciendo:

—Mamud y Hassan... ¿Los conoces?

—Claro que sí. Venían mucho por aquí.

—¿Venían? ¿*Ya no vienen*?

—No. Hace bastantes días que no los veo. Son unos chicos muy simpáticos. Casi nunca tienen un franco, pero se pasa bien con ellos.

—¿Sabes dónde viven?

—Sí, porque uno de ellos quiso llevarme allá una noche, a su apartamento —rió Martine— No fui porque entonces me salió un chatito aquí que si tenía dinero, ¿comprendes?

—Desde luego. ¿Dónde viven?

—Muy cerca de aquí, en el 16 de Rue Rossini, si no recuerdo mal. ¿Me invitas a otro trago?

—No —sonrió Alexander—, pero puedes comprarte una botella de champán con esto. Metió un billete en el escote de la muchacha, dejó otro sobre el mostrador, y saltó del taburete. Se despidió con un guiño de la simpática y más que satisfecha Martine.

Cuando salió a la calle pensó que todo iba viento en popa. Había sido fácil... ¿Demasiado fácil, tal vez? Se sentó ante el volante del coche, y quedó pensativo. Bueno, ¿y por qué tenía que desconfiar? Los muchachos negros iban allí, eso era todo. Y eran simpáticos...

—Vamos a ver si eso es cierto —murmuró Monroe, poniendo en marcha el coche.

* * *

Finalmente se convenció de que los dos argelinos no estaban en su apartamento, así que se las arregló con un alambre para abrir la puerta. Entró, cerró, y encendió la luz. No había nadie allí, desde luego. El apartamento era pequeño, modestísimo, y constaba solamente de dos diminutos dormitorios. La cocina era graciosamente pequeña. La salita no estaba mal.

Alexander volvió a uno de los dormitorios, abrió el armario, y lo encontró vacío. No había absolutamente nada allí. Fue al otro cuarto, donde se encontró con lo mismo. Tampoco en el resto del apartamento encontró rastro visible alguno de los dos negros.

—Los pájaros han cambiado de nido —murmuró.

Ciertamente, había muchos medios para seguirles la pista, pero Monroe pensó que él no podía dedicar tiempo a eso, de modo que había hecho muy bien en pedirle a De Boussac que llamara pidiendo ayuda. Encargaría a algunos compañeros de esa parte de la investigación. Mientras tanto, él iría a visitar a Adele De Treville, a

ver qué sacaba en claro del asunto de las memorias de su marido. Pero antes llamaría a De Boussac y le daría instrucciones. Y seguidamente, cenaría cualquier cosa en cualquier parte.

Sólo entonces iría a visitar a Madame De Treville.

* * *

—¡Gracias a Dios que aparece usted! —exclamó Adele De Treville apenas verle—. ¡Le he estado llamando a su hotel yo qué sé cuántas veces!

Adele estaba en su salita, y no sola, sino con su nieta Emile, que miraba burlonamente a Monroe, y un apuesto y atractivo sujeto de unos treinta años, de cabellos oscuros, ojos castaños y reposada mirada inteligente.

—Lo siento. Madame —murmuró Monroe—. Pero le aseguro que he estado trabajando para usted. ¿Podemos hablar?

Miró a Emile y al sujeto, que por supuesto debía ser el abogado Roger Pontaut. Adele captó la mirada de Monroe, se sofocó un poco, y presentó a su nieta, pues no sabía que ésta y Alex ya se conocían, y a su acompañante, en efecto Roger Pontaut, que sonrió cortésmente a Monroe y dijo enseguida:

—Emile y yo íbamos a salir... Encantado de conocerle, señor Monroe. Era muy discreto. Claro que el pobre muchacho no debía saber nada del asunto, y no parecía tener intenciones de inmiscuirse en las cosas de Adele De Treville.

—Vendremos un poco tarde, abuela —dijo Emile—. Así podrás charlar tranquilamente de negocios con el señor Monroe... ¿Usted no sale por las noches, señor Monroe?

—Con alguna frecuencia —asintió Alex.

—¿Y... a qué se dedica, cómo se divierte?

—Me dedico al tráfico de negros.

Adele respingó, Pontaut se quedó mirando desconcertado a Monroe, y Emile lanzó una vibrante carcajada.

—¿Eso le parece divertido? —preguntó.

—No, pero es emocionante.

Emile volvió a reír, y tiró del brazo de Pontaut, que seguía desconcertado. Salieron los dos de la salita privada de Adele, y Monroe cerró la puerta. Se quedó mirando a Adele, y preguntó:

—¿La han vuelto a llamar?

—¿Cómo lo sabe? —exclamó la anciana. Monroe encogió los hombros.

—¿Cuánto le han pedido esta vez?

—No me han pedido dinero. Me han pedido las memorias de mi marido.

Alexander, que se disponía a encender los dos cigarrillos que se había colocado en la boca, quedó inmóvil mirando fijamente a Adele.

Parpadeó, encendió los dos cigarrillos, tendió uno a la mujer, y se sentó frente a ella.

—De modo que las cosas están relacionadas, a fin de cuentas —murmuró.

—¿Qué quiere decir?

—La señorita Blondel la visitó para tratar de contratar la publicación de esas memorias. Luego, quisieron matarla.

Adele De Treville respingó, palideciendo. Se quedó mirando con expresión desorbitada a Monroe.

—Dios mío —pudo alentar por fin—. Pero ¿qué dice usted?

Alex explicó rápidamente lo sucedido y las medidas que había tomado, aunque sin especificar el lugar donde Suzanne se hallaba a salvo de nuevos atentados contra su vida. Adele parecía que no podía creer lo que estaba oyendo.

—Dice usted —murmuró Alex— que no tiene aquí las memorias de su marido. ¿Dónde las tiene?

—Están en una caja fuerte de un banco de Suiza, en un sobre, con... con algunos dólares que guardo secretamente. No es mucha cantidad, no crea que...

—Olvide el dinero —desdeñó Monroe—, ¿Ha leído usted esas memorias?

—No... No. Mi marido me habló de ellas, y me dijo que también tenía allí algo de dinero por si alguna vez las cosas me iban mal, pero no me dijo qué había escrito.

—Pero él debía escribir aquí, ¿no? ¿Nunca leyó usted ni siquiera una página?

—Bueno, él... siempre escribía a solas en su despacho privado. No. nunca vi nada. La verdad es que no me interesaba demasiado, pues a fin de cuentas conocía perfectamente la vida de mi marido desde hacía muchos años.

—Yo creo que no toda. Madame. ¿Nunca hizo él ningún comentario al respecto?

—Dijo en un par de ocasiones que el sobre con el dinero que tenía en Suiza podía serme muy útil en alguna ocasión, pero que sólo si era imprescindible recurriera a él. Y dijo... Bueno, dijo una vez que sus memorias no eran para ser publicadas en vida, que eso nos podría traer complicaciones, por muy bien que las pagaran.

—Entiendo. ¿Le han dicho los negros cuándo debe entregarlas?

—Ellos esperan que yo haya ido y vuelto de Suiza pasado mañana. Me llamarán entonces, para decirme cómo y dónde debo entregarlas. Y me advirtieron que si volvía a recurrir a la Policía todo sería mucho peor para mí.

—De modo que creen que soy un policía —sonrió Monroe.

—Yo... no comprendo todo esto.

—¿No le han pedido nada de dinero esta vez?

—No... Nada, ni un céntimo.

Alexander Monroe sacó las fotografías de los argelinos Hassan y Mamud, y estuvo contemplando los rostros de éstos durante casi un minuto; Sí, parecían unos muchachos simpáticos, ésa era la verdad. Y no había que culparlos demasiado por sus actividades con la joven y atractiva Emile... ¿A quién le amarga un dulce? Pero...

La idea le llegó de pronto, como un relámpago. Miró a Adele.

—¿Tuvo su marido algo que ver con asuntos militares en lo de Argelia, o de cualquier manera personal?

—¿Con lo de Argelia...? No, no. ¿Quiere usted decir la rebelión, todo aquello de la O.A.S., la independencia...?

—Sí, todo eso.

—No, no intervino en nada.

—¿Ni ha tenido alguna clase de relación con gentes de Argelia?

—Que yo sepa, no; y si yo no lo sé es que no la tuvo.

De nuevo se quedó Monroe mirando las fotografías de los simpáticos gozadores Hassan y Mamud. La conexión debía estar en alguna parte. Lo que no entendía era que primero los argelinos le hubieran pedido simple dinero a Adele, y no demasiado, en lugar de pedirle directamente las memorias de su marido. Y puestos a pedir dinero..., ¿por qué sólo veinticinco mil francos? Era una cantidad ridícula. Y era absurdo que pudiendo pedir de golpe una cantidad incluso diez veces mayor hubieran preferido sólo veinticinco mil francos y, sin duda alguna, ir pidiendo luego otras cantidades...

Sonó el teléfono en aquel momento. Los dos lo miraron, y luego se miraron entre sí; Madame De Treville con los ojos muy abiertos.

—Conteste —susurró Monroe—. Y no se ponga nerviosa. Si son ellos, dígales que me ha hecho venir precisamente para despedirme del caso y pagarme. No se le ocurra negar que estoy aquí, sería peor, pues ellos lo saben.

Adele asintió, y descolgó el auricular.

—¿Diga? —murmuró.

—¿...?

La anciana miró sorprendida a Monroe, y le tendió el auricular, diciendo:

—Es para usted, de un tal señor De Boussac.

Monroe no se sorprendió demasiado. Fernand De Boussac debía estar buscándole para comunicarle algo urgente, y no hacía falta ser un genio para suponer que podía encontrarlo allí, entre otros sitios.

—Diga, De Boussac.

Adele De Treville oyó la voz de De Boussac, pero no entendió las palabras. Monroe sí las entendió, perfectamente, y quedó pálido como un muerto. Tardó algunos segundos en poder reaccionar.

—Voy para allá enseguida —susurró.

CAPÍTULO VII

En efecto, tal como le había dicho De Boussac por teléfono, el compañero de la F.I.S. que había ido al chalé para proporcionar protección a Suzanne Blondel estaba muerto. Tenía un balazo en la espalda y dos en el pecho, uno de los cuales, como el de la espalda, parecía haber interesado directamente el corazón.

Acuclillado junto a su compañero muerto, Alexander Monroe permanecía en silencio, sombrío, observando el crispado rostro joven, enérgico y atractivo del cadáver, que yacía en el centro de la salita.

—¿Le conocía usted personalmente? —murmuró De Boussac.

Alexander le contempló con ojos ardientes, enrojecidos, y se puso en pie.

—Sí —susurró—. Estuvimos entrenándonos juntos hace sólo unos días, en la escuela. Se llama.... se llamaba Jacques Merton. Debió ofrecerse para venir a trabajar conmigo. Éramos buenos amigos.

Se dejó caer en un sillón, y se pasó las manos por la cara, que notó helada.

—Habrá que llamar a la escuela, a ver qué decide Monsieur Le Directeur —dijo De Boussac—. Aunque supongo que enviará a buscar el cadáver, para enterrarlo en los bosques de la escuela. ¿Sabe usted si Merton tenía familia?

—No, no tenía. Y le gustaba el bosque.

—Bueno, voy a llamar ahora mismo.

—Está bien.

Alexander se puso en pie, y fue hacia los dormitorios del chalé. Pero era inútil, De Boussac ya se lo había dicho, y era cierto: Suzanne Blondel no estaba allí. Se la habían llevado. Dos o tres hombres, que eran los que habían matado a Jacques. ¿O se había ido ella por propia voluntad? Si era así, tenía sentido que la hubieran encontrado, ya que ella misma debió llamar a sus compinches. Pero si la muchacha era lo que decía ser y no había cometido traición alguna.... ¿cómo habían sabido aquellos hombres dónde encontrarla?

Regresó a la salita. Fernand De Boussac estaba colgando el auricular.

—Todo está en marcha —dijo De Boussac—. Se hará tal como decíamos, y... Perdone. Había sonado un zumbido bajo su chaqueta, emitido por la pequeña radio que le comunicaba con los muchachos de la F.I.S. Alex se inclinó de nuevo sobre Jacques Merton, súbitamente alarmado. Tan alarmado que no atendió la conversación entre De Boussac y los demás agentes de la F.I.S. Pero no, no tenía por qué preocuparse: la radio de Jacques estaba allí, en su bolsillo; si se la hubieran quitado, podrían haber escuchado la conversación de De Boussac... Tampoco se habían llevado la pistola de Jacques. Lo que quería decir que no necesitaban armas, que tenían de sobra...

—¿Ha oído? —preguntó De Boussac.

Alex lo miró. Estaba guardando la radio. Mostró la de Jacques, mientras movía negativamente la cabeza, y se la guardó. De Boussac comprendió, y emitió un suspiro de alivio. No había pensado en eso.

—Bueno, los muchachos no han encontrado nada en el apartamento de ese italiano en Rue Dijon. Parece ser que, en efecto, el sujeto está hace tiempo en Italia, pero ningún vecino recuerda haberle visto nunca con un negro.

—Pero sí debieron ver a los argelinos entrando en el edificio alguna vez. ¿No?

—Una vez. Pero iban solos.

—Claro. Emile debía llegar antes o después que ellos...

El teléfono del chalé emitió un timbrazo, y fue tan inesperado que los dos respingaron. Se quedaron mirando el aparato, que seguía sonando. Por fin, Alex se acercó y atendió la llamada.

—¿Sí?

—¿...?

—Sí, soy yo —murmuró, haciendo señas a De Boussac para que se acercara a escuchar directamente junto a él.

—...

—Sé que la tienen ustedes —replicó secamente—, y sé que han asesinado a un compañero mío. Pero me pregunto para qué quieren a la señorita Blondel. Ella es sólo una editora en busca de un libro de éxito.. Con no proporcionárselo, en paz.

—...

—Escuche, he estado hablando con Adele De Treville, y me ha despedido. Está dispuesta a obedecer las instrucciones de ustedes, así que no tienen necesidad de complicar más las cosas. Dejen marchar a la señorita Blondel, y ella y yo desapareceremos de Niza. Es así de simple.

—...

De Boussac respingó al oír las últimas palabras del interlocutor de Monroe, el cual apretó los labios un instante, antes de murmurar:

—De acuerdo. Díganme dónde y cuándo, y pasaré a recogerla. Aunque sería más práctico dejarla marchar, simplemente.

—...

—Está bien, iré yo. ¿Dónde y cuándo?

—...

—Allí estaré —aseguró, y colgó.

—¿Está loco? —exclamó De Boussac—. ¡Eso es una trampa, le hacen ir allá para matarlo, Monroe!

—Ya lo sé, pero eso no me preocupa demasiado, pues no soy fácil de manejar. Lo que me preocupa es la idea de que Suzanne pueda tener algo que ver en esto.

—Ya lo había pensado, pero no quise decírselo. Esperaba que lo pensara por sí mismo.

—Pues ya está pensado —gruñó Alexander—. Bueno, usted conoce Niza mejor que yo, así que, ¿dónde está ese maldito lugar en el que me han citado?

—Muy cerca de aquí. Es una pequeña península, en la que se halla la localidad de Cap Ferrat y St. Jean Cap Ferrat. Esa pequeña playa está cerca de una de las puntas de la península, en un lugar llamado Pointe de St. Hospice.

—¿Cuántas carreteras pasan por allá?

—Bueno, dentro de esa diminuta península hay un complejo de carreteras, pero todas se unen en una sola, que entra y sale: la 559, o Basse Corniche, como la llaman todos.

—Es decir, que si cortamos esa carretera después de que yo haya pasado hacia esa playa, nadie podrá salir de la península.

—Pues... no. En automóvil, no.

—Bien —murmuró Alexander Monroe—. ¡Bien!

* * *

Conforme a las instrucciones recibidas, Monroe dejó el coche poco después de haber dejado atrás y a su izquierda el faro, y continuó a pie por la carretera que llevaba hacia Pointe St. Hospice. Directamente a su espalda, la pequeña y encantadora localidad de St. Jean Cap Ferrat. El mar relucía a su izquierda.

Llegó en pocos minutos a la pequeña playa un poco hundida entre unas cuantas rocas, y se detuvo, escrutando la oscuridad. De cuando en cuando un ramalazo de luz procedente del faro iluminaba brevemente el lugar. Alexander Monroe asintió con la cabeza, y comenzó a descender. Enseguida llegó a la arena. No parecía que hubiera nadie allí, pero de pronto, desde las rocas, le llegó la voz de un hombre:

—Levante los brazos y no se mueva.

Alexander obedeció. Oyó crujir la arena tras él. Dos hombres. Uno de ellos se detuvo, y el otro continuó acercándose. Se colocó ante él, en silencio, y mientras le apuntaba con la pistola que empuñaba su mano derecha, con la izquierda retiró de la funda axilar el arma de Monroe.

—Supongo —dijo— que no habrá cometido la tontería de preparar alguna jugarreta, Monroe. ¿Ha venido solo?

—¿Ve usted a alguien más? —gruñó Alexander.

—Camine hacia la playa y quédese quieto.

Alexander obedeció. El agua casi llegaba a sus pies. Al poco oyó el zumbido de un motor, y no tardó mucho en ver la lancha que apareció por la derecha, y que llegó muy cerca de él, deteniéndose sólo cuando la quilla tocó el fondo arenoso. Un hombre apareció en la proa, y dejó

caer la pasarela unida a la cubierta por fuertes bisagras. Monroe comprendió, y, sin más, subió a la lancha. Detrás de él subieron los dos hombres. El que había colocado la pasarela la recogió, volvió a los mandos, puso el motor en reversa, y la lancha retrocedió, viró y emprendió la navegación mar adentro.

Mientras tanto, a indicaciones de los dos hombres, Monroe había entrado en la lancha. Había una sola estancia que debía servir de dormitorio y salita. En aquel momento se estaba utilizando como salita..., y Suzanne Blondel, que se hallaba sentada en un diván corrido bajo el alargado ventanal, se puso en pie de un salto al verlo.

—¡Alexander! —gimió.

Corrió hacia él, y se echó en sus brazos. Monroe la recibió, y acarició sus cabellos. Percibía el temblor del cuerpo de la muchacha, pero su atención estaba centrada en los personajes que ocupaban la lancha. Uno de ellos, herido en una pierna y sentado, le miraba torvamente, y Monroe comprendió: era el que había herido la noche anterior cuando escapaba tras el intento de asesinato en las personas de él y Suzanne. Detrás, debía tener al otro con el que había peleado, y que no se había dejado ver bien por él. El tercero armado era el que le había recibido en la playa, y sir, duda había sido el que conducía el coche en el que escaparon, tras ayudar él a sus dos compañeros.

Pero estos tres sujetos eran simples canallitas asalariados, y Monroe lo comprendió enseguida cuando vio a los otros dos hombres sentados en sendas butacas y mirándolo con maligna curiosidad. Eran diferentes, tenían más clase. Y por supuesto, no iban armados. Demasiado importantes para correr ese riesgo. Ambos debían estar entre los cuarenta y los cuarenta y cinco años, vestían muy bien, parecían muy inteligentes... e implacables.

—De modo —dijo de pronto uno de ellos que no es usted de la Policía, como pensamos, o, peor aún, del S.D.E.C.E. o de la C.I.A.. La señorita Blondel ha tenido la amabilidad de contarnos todo eso de la Friends' International School. Muy divertido.

Alexander colocó a Suzanne a su lado, manteniéndola abrazada por la cintura.

—¿Quiénes son ustedes? —murmuró.

—Llámenos Alfa y Beta —rió su interlocutor—. Bueno, señor Monroe, usted ha estado esta noche con Madame De Treville... ¿Está ella dispuesta a entregarnos las memorias de su marido?

—Entiendo que sí, aunque no me dio tantas explicaciones. Me dijo que ya no precisaba mis servicios, que lo dejara todo, me pagó, y me fui.

—Muy bien hecho. Pero sin duda usted ha estado ocupado realizando investigaciones. ¿Ha llegado a alguna conclusión interesante?

—No hace falta ser muy listo para comprender que las memorias del coronel De Treville molestarían mucho a determinadas personas si

llegasen a publicarse.

—Ah, claro. Pero yo me refiero a otra clase de pistas o conclusiones.

—No —negó Alex—. Estuve buscando a los dos argelinos, pero parece que se los haya tragado la tierra.

—O el mar, ¿no? —rió Beta—. El mar es mucho más seguro para hacer desaparecer... objetos molestos. Se les pone un trozo de viga de hierro o de cemento a los pies, se les tira, y nunca jamás son hallados.

—¿Mataron a los dos argelinos?

—Tal vez. Pero yo me estaba refiriendo ahora a usted y a la señorita Blondel. El uno por una cosa y el otro por otra, han tenido la mala suerte de coincidir en actividades que nos molestan.

Alexander miró hacia el ventanal a nivel de la cubierta de la lancha. Sí, debían estar navegando mar adentro. Los matarían, los lastrarían, y los tirarían al fondo. Fin de la historia. Al menos para él y Suzanne. Sí, eso era lo que pretendían.

—Me gustaría saber por qué morimos —susurró—. Espero que al menos sea algo interesante, algo que valga la pena.

—Bueno, señor Monroe —recuperó la palabra Alfa—, la verdad es que las memorias del coronel De Treville tienen muy preocupadas a personas de la alta política francesa. Durante la guerra, y después de ella, el heroico coronel De Treville estuvo ocupando cargos primero militares y luego diplomáticos que le pusieron en contacto con algunas artimañas de ciertas personas. Cuando el coronel De Treville falleció, todas esas personas implicadas en negocios sucios, traiciones, sobornos y corrupción de toda clase respiraron aliviadas: el coronel De Treville ya nunca podría decir las muchas cosas feas que habían hecho durante la guerra y durante la postguerra para llenarse los bolsillos. Contrabando, estraperlo, pero sobre todo, más que jugar con el hambre y las necesidades del pueblo francés y hasta del italiano, ganaron dinero ayudando en ciertos momentos a los alemanes. Muchos franceses murieron por culpa de esas personas. En cuanto a la parte económica..., bueno, digamos que por sus manos pasaron enormes cantidades destinadas a servicios vitales para el pueblo francés, y que ellos se quedaron la mayor parte de esas cantidades, de material de toda clase, de medicamentos... ¡En fin, de todo!

—Pero hoy día son acaudalados y «honorables» ciudadanos introducidos en la élite de la diplomacia y las finanzas de Francia. ¿No es así?

—Exactamente. Sería catastrófico para ellos que aquellas cosas llegaran a saberse, o tan sólo a exponerse por medio de un diario. Nos enteramos de la existencia de ese diario pasado un tiempo, pero observamos con alivio que Madame De Treville no tenía intenciones de publicarlo..., al menos por el momento. Sin embargo, de pronto, nos enteramos de que una editorial de Lyon siente interés por esas

memorias de las que se hablaba vagamente. Y al poco, envían a una persona a adquirir los derechos de edición. Comprenderá usted que no podíamos permitir que eso sucediera, así que para entonces ya teníamos en marcha el chantaje contra Madame De Treville, aprovechando las... interesantes diversiones de la señorita De Treville. ¿Lo comprende?

—Sí. Lo que no comprendo es qué pintan en esto los dos argelinos. Es decir, ¿sabían ellos en qué estaban metidos?

—Claro que no —sonrió Beta—. Así que, después de ser utilizados como... modelos fotográficos, fueron eliminados.

—¿Los han matado?

—Claro, señor Monroe.

—Hay otra cosa que no comprendo: si lo que querían eran las memorias, ¿por qué la primera vez le pidieron veinticinco mil francos a Madame De Treville. Es absurdo, y una cantidad ridícula para ustedes, ¿no?

—Usted, señor Monroe, piensa demasiado. Y es un hombre valiente, como ha demostrado al acudir a nuestra cita.. Claro que el amor —guiñó un ojo—... ¿Eh? *Oh, l'amour!*

Alexander se pasó la lengua por los labios.

—¿Ustedes son parte interesada en este asunto. —preguntó.

—Por supuesto. Pero nosotros somos... peces pequeños al servicio de los tiburones.

—¿Y quiénes son los tiburones? Alfa se echó a reír.

—Los tiburones, señor Monroe, están en estos momentos cómodamente instalados en sus castillos, villas y lujosos apartamentos de París, o viajando gratamente por este hermoso mundo, disfrutando de tantas cosas buenas y bellas que hay en él. Ellos siguen viviendo su vida de privilegio, y nosotros nos aseguramos de que no deje de ser así, por la cuenta que nos tiene: mientras ellos vivan y medren, y nadie les moleste por lo que hicieron, nosotros dos y cientos de hombres como nosotros dos seguiremos enriqueciéndonos y gozando también de la vida, a nuestro nivel.

—Y a costa de traiciones y muertes y estafas y...

—Bueno, bueno, no se ponga nervioso. Quienes tendríamos que estar nerviosos somos nosotros, tan sólo ante la idea de que el servicio de espionaje y contraespionaje francés, el temido S.D.E.C.E. llegara a tener noticias de todo esto... Sería el caos para los tiburones, y de rechazo, para nosotros. De modo que, comprenderá usted, no tenemos más remedio que eliminarlos a usted y a la señorita Blondel... ¿Estamos ya bien por aquí, Richard?

El herido en la pierna movió la cabeza, mirando perversamente a Monroe.

—Es mejor que naveguemos todavía un par de millas más —aconsejó

—. El fondo es más profundo allí. No tenemos por qué precipitarnos ni correr riesgos. Monsieur.

—De acuerdo. Así que navegaremos un par de millas más, y ustedes —miró a Alexander y a la aterrada Suzanne— serán muertos y arrojados al mar. ¿Le apetece un whisky, señor Monroe?

Alexander no contestó. Abrazó con más fuerza a Suzanne, que había llevado las manos al rostro emitiendo un sollozo, cobijándose en su pecho.

Alfa encendió un cigarro habano, expelió el humo, y se quedó mirándolos amablemente a los dos.

—Lástima —sonrió—: ustedes forman una pareja magnífica. Pero sólo en el aspecto físico, claro. Me pregunto qué clase de vida habrían podido llevar en conjunto un aventurero de moral exquisita y guante blanco, y una editora. La verdad, no me lo imagino... ¿Podría aclarármelo, señor Monroe?

—Usted no lo entendería replicó fríamente Alexander.

—¿Por qué no? ¡Pruebe, hombre! Le aseguro que somos muy inteligentes. ¿Cómo vivirían ustedes?

—En total armonía, cada uno dedicado a su trabajo en lo particular, y los dos a ser felices en conjunto.

—¡Es usted fantástico, señor Monroe! En el fondo lamento tener que eliminarlo... Me gustaría que entrase usted a formar parte de nuestro... servicio especial de seguridad.

—¿Se refiere a estos matones? —señaló con el pulgar Alexander.

—Claro.

—No. gracias. La mierda no me atrae ni siquiera para pisarla. Como se suele decir, todavía hay clase.

—Increíble —rió Beta—. ¿Prefiere morir a unirse a nuestro personal?

—Si esperan divertirse conmigo tomándome el pelo en esa oferta, olvídenlo. No suplicaré por mi vida, ni haré trato alguno con ustedes..., aun en el supuesto de que su oferta fuese real, que no lo es.

—Sí, lástima —suspiró Alfa—. ¡Es usted listo y con agallas, Monroe! En fin... ¿Ahora, Richard?

—Sí —asintió el herido—, yo creo que ya estamos en buen sitio.

—En ese caso —dijo Alfa, mirando a los otros dos—, todo ha terminado. Liquidadlos... ¡No! ¡Aquí no, idiotas! —se sobresaltó al ver los gestos de los dos matones con las pistolas— ¡No quiero sangre aquí dentro! ¡Matadlos en cubierta! ¡Estúpidos!

Hosclos los gestos, los dos asesinos movieron las pistolas hacia la corta escalerilla.

—Venga, arriba —gruñó uno de ellos—: para vosotros, el paseo ha terminado.

CAPÍTULO VIII

Alexander Monroe tomó del brazo a Suzanne y la llevó hacia la escalerilla, haciéndola pasar delante de él. De pronto, se inclinó hacia la nuca de la muchacha, y murmuró:

—Sube corriendo a cubierta y tírate al mar.

Suzanne no tuvo ni tiempo de reaccionar, de momento, ya que, al mismo tiempo que Monroe la empujaba hacia arriba, uno de los asesinos mascullo:

—¿Qué estáis hab...?

Monroe le cerró la boca, o más bien se la destrozó con el inesperado patadón hacia atrás, alzando la pierna. Fue una auténtica y espeluznante coz que reventó la boca del hombre, el cual salió despedido hacia atrás, chocando con su compañero. Este quedó en pie, tambaleante, mientras el otro se desplomaba a sus pies, convertido su rostro en un manchurrón sangriento.

Alfa y Beta, lívidos de rabia, se habían puesto en pie de un salto.

—¡Dispara, idiota...! —gritó Beta.

El hombre que quedaba en pie reaccionó. Veía ahora solamente las piernas de Alexander, y disparó contra ellas. Monroe lanzó un grito, y desapareció..., para aparecer en cubierta cayendo de bruces. En la cabina de mandos, el hombre encargado de éstos estaba mirando a Suzanne, desconcertado, cuando apareció Alexander. El hombre quedó inmóvil, pero no así Alexander, que gritó a la petrificada Suzanne:

—¡Te he dicho que saltes!

Ella parecía incapaz de moverse. Monroe se puso en pie, y se acercó a ella cojeando, manchado de sangre el pantalón desde el muslo izquierdo hacia abajo. Agarró a Suzanne por la cintura, la llevó a trancas y barrancas hacia la borda, y, sin soltarla, se impulsó fuera de la lancha.... en el mismo momento en que aparecía en cubierta el asesino que quedaba en pie y el piloto salía de su cabina arma en mano, gritando:

—¡Pero qué pasa...!

—¡Vira! —le gritó el otro—. ¡Vuelve a los mandos, tenemos que volver a por ellos! ¡A ese hijoputa le voy a...!

El piloto volvió a los mandos precipitadamente, y viró para regresar en busca de los voluntarios náufragos. En la cubierta aparecieron Alfa, Beta, y el herido en la pierna, cojeando: el otro seguía abajo sin sentido.

—¡Enciende los focos! —gritó Beta.

—Pero quedamos en que...

—¡No los encontraremos nunca sin luz! ¡Ve a encender los focos, imbécil!

Un centenar de metros más allá. Alexander y Suzanne habían vuelto a

la superficie tras hundirse con violencia en las negras y frías aguas. Apenas salir a flote, Alexander jadeó:

—No hagas... nada... No intentes nadar, no hagas nada... Solo ayúdame a mantenerme a flote, estoy herido...

Suzanne Blondel estaba lógica y sencillamente aterrada, pero por fortuna supo reaccionar. Además, era lo más fácil que se le podía encargar: mantenerse a flote ayudando a Monroe, no hacer absolutamente nada...

La lancha volvía hacia ellos. Pese al rugir del motor oyeron gritos en la cubierta, y vieron algunas siluetas. De pronto fueron encendidos un par de focos, y las aguas parecieron tornarse amarillas. Alexander Monroe se echó a reír ásperamente. Muy bien, tal como había previsto si su plan de saltar al agua salía bien, ellos mismos se lo habían buscado.

—Tendremos que sumergirnos un momento —jadeó.

De nuevo comprendió Suzanne, y cuando el haz de luz estaba muy cerca de ellos, se sumergió, siempre aferrada a Monroe. Por encima de ellos, la luz pasó, la lancha siguió adelante, y a unos sesenta metros volvió a virar.

Entonces comenzó a oírse el rumor que Suzanne tardó unos segundos en identificar: un helicóptero.

—Je, je —oyó reír a Monroe—. ¡Seguid con los focos encendidos, cretinos, seguid!

En la lancha los focos continuaron encendidos. Posiblemente sus ocupantes habían oído el helicóptero, y basta debieron verlo cuando apareció, pero no lo relacionaron con lo que estaban haciendo ellos. Hicieron muy mal, porque el helicóptero tenía mucha relación con el asunto: dentro del veloz aparato volador había cinco hombres de la F.I.S., uno a los mandos, cuatro empuñando rifles lanzagranadas.

El que iba a los mandos dijo, alzando mucho la voz:

—¡Los están buscando, o sea que Alex ha saltado con la chica! ¡Duro con ellos, muchachos!

El helicóptero se dirigió directo hacia la lancha, en el momento en que desde la cubierta de ésta, y gracias a los focos. Alfa veía a Suzanne y Alex en el momento en que volvían a sumergirse para esquivar la luz.

—¡Allá están! —señaló—. ¡Allá!

La lancha terminó de virar, y fue directa hacia el punto indicado por Beta. Fue entonces cuando Alfa reparó por fin de modo consciente y con alarma en el helicóptero. Su crispado rostro palideció bruscamente.

—¡Oye, ese helic...! Eso fue todo.

Las dos primeras granadas llegaron prácticamente juntas a la lancha; una de ellas reventó la cabina de mandos como si fuese de cartón, y la otra hizo saltar por el aire a Alfa y Beta..., en el momento en que

llegaban las otras dos granadas. Todavía estaban en el aire los cadáveres de Alfa y Beta cuando la lancha explotó, se convirtió en una gran bola de fuego y de humo negro. Su singladura había terminado.

* * *

—Para terminar deliciosamente la noche podríamos ir a tu apartamento —había dicho Emile De Treville.

Y allá estaban. La idea, como siempre, le había parecido excelente a Roger Pontaut. Lo que ya no le parecía tan excelente era que tras la agradabilísima sesión de sexo Emile hubiera decidido de pronto que quería pasar la noche con él, quedarse allí hasta el día siguiente.

—Vamos, sé juiciosa —decía Roger—, no tienes por qué provocar más disgustos a tu abuela, querida.

—Oh, tonterías —rió Emile, pasándose las manos por los desnudos pechos—. Sólo tengo que llamar por teléfono para decir que me quedo en casa de una amiga.

—Emile, son las dos de la madrugada...

—¡Pues entonces no llamo! Ya estoy más que harta de mi abuela... ¡Vive en otro mundo!

—Mejor que el tuyo, zorra —sonó una voz inesperada.

Roger Pontaut se sentó en la cama de un salto, tan desnudo como Emile, que quedó inmóvil, petrificada por el asombro, fijos sus desorbitados ojos en Alexander Monroe, que había aparecido cojeando en la puerta del dormitorio. Estaba pálido, desgredado, con las ropas húmedas, y le faltaba la pernera izquierda a su pantalón, mostrando el muslo vendado. Pero empuñaba una pistola provista de tubo silenciador, y no mostraba signo alguno de debilidad.

—¡Pero...! —pudo jadear por fin Pontaut—. ¿Qué hace usted aquí? ¿Cómo ha entrado?

—He entrado en su apartamento justo en el momento en que ustedes disfrutaban de sus habilidades sexuales, Monsieur. Y estaban tan entusiasmados que he preferido dejarles terminar, a fin de evitarles un colapso. Sobre todo a usted, Monsieur.

—Pero... ¿de qué está hablando?

Alexander se dirigió cojeando hacia un silloncito, y se sentó, suspirando aliviado. Miró su pierna vendada, hizo un gesto de dolor, y enseguida miró de nuevo a la lúbrica pareja.

—¿Le dicen a usted algo los nombres de Alfa y Beta, señor Pontaut? —murmuró.

—No... No.

—Lo suponía. Fueron nombres inventados sobre la marcha. Pero se lo diré mejor: eran los dos caballeros al servicio de los tiburones. ¿Me comprende ahora?

—No...

—Claro que sí. Y ella —señaló a Emile con la pistola— también me comprende. Y sabe que todo les ha salido mal, puesto que yo estoy aquí vivo y coleando..., es un decir, pues apenas puedo con mis huesos.

—¿Qué significa esto? —pudo exclamar por fin Emile.

—Significa que he terminado mi trabajo. Es decir, estoy a punto de terminarlo. Quiero los negativos, señor Pontaut.

—¿Qué... qué negativos?

—Pensé que podía tenerlos la propia Emile, pero no. Demasiado arriesgado. Así que debe tenerlos usted... Me refiero a los negativos en los que su... novia aparece retozando con esos dos simpáticos y desdichados argelinos que fueron asesinados y arrojados al mar. Ni siquiera los necesitaban ya para llamar a Madame De Treville, ya que usted se encargó de eso disfrazando la voz. ¿Están de acuerdo con mis deducciones?

—Usted está loco —murmuró Pontaut—, ¡Ni siquiera sé de qué me está hablando! ¡Y voy a llamar a la Policía ahora mismo!

—No se moleste usted. Ya he avisado yo al S.D.E.C.E., y en breve será usted... amablemente invitado a conversar con algunos señores de ese organismo expertos en... diálogos aclaratorios. Lo que quiero decir, Monsieur, es que usted, que como Alfa y Beta forma parte del grupo de relaciones exteriores de ese grupo de canallas, va a decirles al S.D.E.C.E. los nombres de tales canallas. ¿Me ha comprendido ahora? Me parece que sí.

Roger Pontaut estaba demudado, lívido. Parecía que se había quedado incluso sin respiración.

—Verla a usted tantas veces desnuda ya me está produciendo náuseas, Emile —dijo tras una pausa Alexander—, así que tenga la amabilidad de vestirse. Usted también, Monsieur.

—¿Qué es lo que sabe usted? —susurró Emile. Alexander la miró fríamente.

—El punto de partida de mis conocimientos actuales está en el hecho de que la señorita Blondel fuese localizada. No podía comprender de ninguna manera cómo había sucedido esto. Y de pronto, lo comprendí: cuando usted y yo nos entrevistamos ayer, el señor Pontaut estaba por allí, viéndonos, y cuando nos separamos él me siguió en coche hasta el chalé donde estaba la señorita Blondel. Lo demás, fue fácil. Avisó a Alfa y Beta, y éstos enviaron a sus asesinos, mataron a un compañero mío, y se llevaron a Suzanne. Estuve resistiéndome a creer esto de usted, pero finalmente tuve que admitirlo, ya que no existía, otra explicación. Y luego, pensé en los tíos simpáticos argelinos, y comprendí más cosas.

—¿Qué más cosas?

—No se les veía por parte alguna hacia días y días. Estuvimos en el apartamento de ellos, en el de su amigo italiano, preguntamos a los vecinos... Nada. Hacía días que nadie los había visto. Así que me dije: los utilizaron y luego los mataron. ¿No fue así, sucia víbora?

—Usted se lo dice todo —sonrió Emile.

—En efecto. Me pregunté quién había informado a los tiburones de la inminente llegada de una editora que quería las memorias de su abuelo, el coronel De Treville. ¿Quién?: pues usted.

—Sabe muchas cosas, ¿verdad?

—Más que usted misma. ¿Cree que el señor Pontaut apareció en su vida por... casualidad.

—¿No? —parpadeó Emile.

—Claro que no. Él buscaba el modo de conseguir las memorias de su abuelo a través de usted. Y cuando usted le habló de las dificultades en que la colocaba su abuela al no querer darle demasiado dinero para sus vicios y vida disipada, él tuvo la gran idea... Porque fue de él, ¿no es cierto?

—¿Qué idea?

—Hacerle chantaje a su abuela.

—Digamos que me lo sugirió.

—Ya. No es que yo sea un Oteló en cuestiones de sexo, pero me parece que no utilizaría a la mujer que amo como carnada para conseguir algo que quiero, metiéndola en la cama con dos negros, ¿Tomó usted las fotografías. Pontaut?

—Sí.

—Buen estómago. Aunque tampoco era para tanto, ¿verdad? A fin de cuentas, lo único que realmente le interesaba a usted de Emile eran las memorias de su abuelo, y encontró el modo. Primero, ella se liga a los dos negros en un antro, se los lleva a la cama, y, como es natural, a los muchachos les gusta. Así que cuando ella les dice de volver, aceptan encantados. Entonces, ya tiene usted todo preparado para las fotografías. Las obtiene, luego mata u ordena matar a los dos muchachos, se los llevan en lancha, los tiran al mar. Fuera preocupaciones. Y ya tienen las fotografías para someter a chantaje a Madame De Treville. Posiblemente, al principio, Emile cree que sólo se trata de pedirle dinero a su abuela, y, seguramente muy divertida, le pide los primeros veinticinco mil francos. Es decir, que ella misma está chantajeando a su abuela con fotografías verdaderamente poco dignas de circular por ahí. Pero claro, usted ya está en órbita con sus planes, y está esperando el momento de pedirle las memorias en lugar de dinero. Y entonces, aparece Suzanne Blondel y un tipo entrometido que soy yo. Así que decide eliminarnos también. Así, podrá chantajear tranquilo a Madame De Treville y conseguir las memorias mientras se va tirando tan contento a la nieta..., la cual, por su parte, está

contentísima con el sistema que ha encontrado para ir sacándole dinero a su abuela siempre que quiera. Bueno, vístanse: los dos han de estar presentables, uno para morir, otro para salir de aquí.

Emile y Roger se quedaron mirándolo con gran sobresalto.

—¿Quién va a morir? —exclamó Emile.

—Reflexione, querida. Al señor Pontaut lo necesita vivo el S.D.E.C.E. para hacer una limpieza a fondo de gente que no merece vivir; no ya vivir bien o mal: no merece vivir. Pero eso es cuenta del S.D.E.C.E., que hará lo que considere oportuno con la información que les facilitará el señor Pontaut. Así pues, a él lo quiero vivo.

—No... ¡No! —gritó Emile— ¡No puede matarme!

—¿Por qué no? Tengo motivos más que sobrados: ordenó usted, o participó en la orden, que Suzanne y yo fuésemos asesinados; con anterioridad, había aceptado alegremente que esos dos muchachos argelinos cuyo único delito era qué les gustaban las chicas como usted, fuesen asesinados. Y sobre todo, Emile, usted fue la causante directa de la muerte de mi compañero Jacques Merton, al avisar a Pontaut de que yo la había citado para que éste nos siguiera... ¿Y dice usted que yo no puedo matarla?

—¡No se atreverá!

—Pero si eso es muy fácil —sonrió Alexander—. Y muy conveniente. Si la dejo viva, no habrá más remedio que mezclarla a usted en todo esto, que es la porquería más grande de que tengo noticia. ¿Se imagina el disgusto de su abuela? Yo creo que sería mejor que usted, en definitiva, apareciese como una pobre víctima de los manejos de los tiburones, que enviaron contra usted al señor Pontaut. Su abuela sufrirá por su muerte, pero vivirá plácidamente el resto de su vida, que puede ser todavía larga e interesante. Y es mejor sufrir con dignidad que morir de vergüenza y pena, ¿no cree? Y llegamos al final: a mí se me contrató para resolver los problemas de su abuela, Madame Adele De Treville. Y, señorita, la F.I.S. siempre termina sus trabajos, siempre cumple sus contratos. Siempre.

Alexander Monroe apuntó al pecho de Emile De Treville, y apretó el gatillo de su pistola.

Plop, chascó el disparo como un taponazo de champán.

Emile De Treville cayó blandamente hacia atrás, y no se movió. Quedó como dormida.

Pero Roger Pontaut se estremeció al ver el oscuro agujero sobre su turgente seno izquierdo. Un hilillo de sangre apareció, lentamente.

Aterrado, miró a Alexander Monroe, que estaba palidísimo, pero que dijo, con firmeza.

—Y no le mato a usted, porque no quiero que para encontrar a los tiburones tengamos que recurrir a las memorias del coronel De Treville. Quiero que los delate usted, para que en ningún momento

Madame De Treville sepa nada de esto, ya que no piensa permitir la publicación de esas memorias hasta que haya muerto. Esos son sus deseos, y así será, porque como le he dicho, la F.I.S. siempre cumple. Señaló a Emile, que yacía con los ojos abiertos, tomando ya la tonalidad de simple vidrio.

—Siempre —repitió una vez más el muchacho para TODO—. Y no crea usted que he disfrutado con esto. Vístase. Monsieur.

—Usted... usted la ha asesinado...

—¿Yo? No. Monsieur: ha sido usted. A todos los efectos habrá sido usted, y no crea que podrá decir lo contrario a alguien, porque desde el mismo momento en que el S.D.E.C.E. se haga cargo de usted, jamás nadie podrá ya acercársele. Así que el asesino ha sido usted. Ese fue el trato con el S.D.E.C.E.. Y un trato, Monsieur, es un trato.

ESTE ES EL FINAL

—¿Quién? —se sorprendió Suzanne, sentada tras la mesa de su despacho en la editorial—. ¿Qué memorias?

La secretaria sonrió entre desconcertada y divertida.

—Es un hombre muy alto, fuerte, no demasiado guapo, pero que tiene... algo. Dice que a usted le interesarán sus memorias.

—Que pase —murmuró Suzanne.

Le latía fuertemente el corazón. Y le pareció que se disparaba cuando Alexander Monroe entró en su despacho. La secretaria salió, cerrando la puerta, y quedaron solos, mirándose. Alexander se adelantó, y ocupó un sillón delante de la mesa de la editora.

—Entonces.... ¿le interesan mis memorias, señorita Blondel? Ella tragó saliva, y murmuró:

—Depende de lo interesante que sean... ¡Oh, Alexander, todos estos días sin verte! ¿Qué ha ocurrido?

—Nada especial. Tuve que ir a la escuela a presentar el informe, después de llegar a un acuerdo definitivo con el S.D.E.C.E., que por cierto ha quedado muy agradecido a la F.I.S. Lástima de la pena que tendrá que ir soportando Madame De Treville, pero en fin... Bueno, pero yo he venido aquí a hablar de mis memorias.

—¿Qué memorias?

—Ah, todavía no sé. Antes tendré que llevar una vida intensa, agitada, interesante, peligrosa..., y también agradable. He pensado que tú podrías tomar parte en esto último.

—¿De qué modo?

Alexander Monroe sonrió, mirando el escote de la blusa de Suzanne Blondel.

—Bueno... No sé... Sugiereme alguno... Y no tendrás problemas, porque los muchachos de la F.I.S. servimos para TODO. Si me apuras, hasta para maridos.

FIN

Índice

LA LLAMADA TELEFONICA

CAPÍTULO PRIMERO

CAPÍTULO II

CAPÍTULO III

CAPÍTULO IV

CAPÍTULO V

CAPÍTULO VI

CAPÍTULO VII

CAPÍTULO VIII

ESTE ES EL FINAL